



Palenque era una fiesta

Crónicas a ritmo de tambor

Dolores

Taller de Periodismo Cultural



Libertad y Orden
Ministerio de Cultura
República de Colombia

Palenque era una fiesta

Crónicas a ritmo de tambor

Ministerio de Cultura

Dirección de Comunicaciones

Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano

Ministerio de Cultura - Dirección de Comunicaciones
República de Colombia

Paula Marcela Moreno Zapata
Ministra de Cultura

María Claudia López Sorzano
Viceministra de Cultura

Enzo Ariza Ayala
Secretario General

Germán Franco Díez
Director de Comunicaciones

Luz Amparo Medina Gerena
*Coordinadora Grupo de Asuntos
Internacionales y Cooperación*

Catalina Hoyos
Coordinadora Grupo de Divulgación y Prensa

Denise Aljure Sfeir
Asesora Dirección de Comunicaciones

Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano - FNPI

Jaime Abello Banfi
Director General

Fernando Alonso
Director Ejecutivo

Flavio Vargas G
Director de Programas

Ana Teresa Hernández
Directora de Administración y Finanzas

Coordinación Proyecto Periodismo Cultural

María Fernanda Márquez
Catalina Samper Martínez

Maestro del taller

Alberto Salcedo Ramos

Autores

Beatriz Mesa
Juan Carlos Piedrahíta Betancourt
Santiago Cruz
Ricardo Rodríguez
Gloria Cecilia Gómez
Olmo Guillermo Liévano
Luz Adriana Velasco
Andrés Forero
Katherine Castañeda Romero
Edwin Arango
Vicky Salazar

Edición y coordinación editorial

María Fernanda Márquez
Catalina Samper Martínez

Diseño y Diagramación

Nelson Mora
Zamir Patiño

Fotografías

Archivo Ministerio de Cultura
Milton Ramírez
Cristina López
Sandra Roza Villamil

Con el apoyo de AECID, OEI y UNAD

acerca
Programa de Capacitación para
el Desarrollo en el Sector Cultural



CONTENIDO

Germán Franco Díez - Presentación.....	8	Jhon Jairo Jácome (La Opinión)	
Alberto Salcedo Ramos - Camino al andar	10	Evaristo no tiene quien le escriba.....	38
Taller de Palenque			
Beatriz Mesa Mejía (El Colombiano)		Luz Adriana Velasco (El Tiempo)	
Palenque, Vientre y Tambor	12	Lágrimas y tambores conviven en San Basilio	42
Juan Carlos Piedrahíta Betancourt (El Espectador)		Andrés Forero (El Nuevo día)	
Palenque, con pelos y señales.....	16	Los Dulces de Emelia Reyes	46
Santiago Cruz Hoyos (El País)		Katherine Castañeda Romero (El Liberal)	
Viaje a la tierra del tambor	20	Emelia Reyes, La voz cantante.....	50
Ricardo Rodríguez Vives (El Heraldo)		Edwin Arango (La Tarde)	
El viaje de una alegría	26	En Palenque el cuerpo es candela.....	54
Gloria Cecilia Gómez (La Nación)		Santiago Cruz Hoyos (El País)	
Las palenqueras cargan su historia	30	El escudero de Marlon Brando, Evaristo Márquez	58
Olmo Guillermo Liévano (Programa de Desarrollo y Paz del Huila)		Vicky Salazar (La Patria)	
La muerte canta, toca y baila	34	San Basilio de Palenque, a ritmo de libertad	64

San Basilio de Palenque, octubre 7 al 12 de 2009

El Taller de Crónica Cultural con Alberto Salcedo Ramos en el Festival de Tambores y Tradiciones Populares de Palenque, se realizó en el marco del proyecto de Periodismo cultural liderado por la Dirección de Comunicaciones del Ministerio de Cultura de Colombia en asocio con la FNPI.

Esta actividad fue un espacio de formación para periodistas colombianos, realizado con el fin de mejorar sus habilidades para contar historias mediante la realización de una crónica con la guía del maestro Alberto Salcedo Ramos, ejercicios de reportería, análisis de textos periodísticos y compartir experiencias entre colegas.

Las crónicas que surgieron durante el Festival de tambores, patrimonio oral e inmaterial de la humanidad, retratan a un Palenque vivo a través de sus personajes, costumbres y vivencias.

Presentación

Germán Franco Díez

El periodismo cultural colombiano enfrenta grandes retos: crecen los debates sobre el impacto de los mensajes, así como crecen las demandas de muchos que quieren hacerse visibles. Dado que el Ministerio de Cultura reconoce a los periodistas como gestores culturales, como creadores de contenidos con sentido, por eso hemos incluido al periodismo cultural como un programa permanente en la implementación de la Política de Comunicación para la Inclusión. Nuestros periodistas culturales y nuestros medios masivos de información, pueden contribuir a la construcción de una sociedad incluyente, equitativa, plural y diversa.

Hace ya dos años el Ministerio, en alianza con la FNPI, ejecuta el programa de periodismo cultural, que ha centrado su atención en los medios de información masiva del país, convencidos del alto impacto que tienen en las distintas regiones. Nuestro primer paso fue diseñar una novedosa metodología de trabajo, para luego concertarla con los directores de los medios informativos del país. Luego realizamos la investigación “periodismo y cultura”, para conocer y comprender cómo lo cultural aparece en medios masivos informativos y nos dedicamos a la principal tarea: desatar procesos de formación de periodistas culturales, buscando construir un modelo replicable para entregar a la sociedad.

Este proceso de formación nos ha permitido realizar varios talleres con editores culturales y con reporteros en Bogotá y Cali, pero uno de los más significativos para el proyecto fue el taller de periodismo cultural que realizamos con catorce periodistas en San Basilio de Palenque.

Este ejercicio se realizó en el marco del XXIV Festival de Tambores y tradiciones populares, entre el 6 y el 12 octubre de 2009, bajo la dirección del reconocido periodista y cronista Alberto Salcedo Ramos. La idea básica de este taller fue propiciar el encuentro directo de los periodistas de los medios de información –nacionales y regionales– con la comunidad de San Basilio, para trabajar las técnicas de reportería que permiten construir en el relato periodístico a los personajes, las escenas propias de la historia que se está narrando y lograr retratar con las crónicas mostrar a los lectores de periódicos en el país quiénes son los habitantes del Palenque de San Basilio, cuál es su cultura, cómo son sus tradiciones, entre otras cosas.

Este libro es la compilación de estas crónicas resultado de este taller, las cuales fueron publicadas en cada uno de los medios donde los periodistas trabajan, y es un ejemplo de lo que se puede hacer con un periodismo ejercido con seriedad, rigor y sobre todo, tiempo para conocer directamente los hechos.

Habría sido imposible lograrlos sin el apoyo de la comunidad en general, y queremos agradecer a la comunidad de Palenque de San Basilio, a sus líderes por el apoyo y a todas las personas que abrieron sus casas para recibirnos y acogernos. Agradecemos también a los medios de comunicación y a los periodistas que participaron en el taller.

Creemos firmemente en la fuerza que este tipo de vivencias da a los periodistas culturales y esperamos que iniciativas como esta se multipliquen desde las universidades, las organizaciones que trabajan a favor de la calidad periodística y por supuesto al interior de los medios de comunicación.

*Germán Franco Díez - Director
Dirección de Comunicaciones - Ministerio de Cultura*

Alberto Salcedo Ramos

¿Un taller de periodismo cultural en San Basilio de Palenque? La idea sonaba irreal tratándose de un pueblo sin infraestructura hotelera y con unos servicios públicos deficientes. Un pueblo, además, al cual se accede a través de una trocha intransitable y donde el calor es enorme.

Varias convicciones nos alentaron a todos a seguir adelante con el proyecto. En primer lugar, si un investigador social como lo es el periodista necesita que le garanticen confort para cumplir su función de oír la voz de nuestras comunidades, más nos valdría cerrar las salas de redacción y ponernos a freír salchichas. En segundo término, San Basilio de Palenque es muy importante tanto cultural como etnográficamente. Entrar en él con la mente abierta, sentirlo, recorrer sus esquinas, sorprenderse con el estallido de colores que hay en sus calles, vibrar con sus tambores, maravillarse con sus mitos, aprender su historia, examinar su tradición de resistencia y dignidad, constituyen una experiencia profesional de mucho valor. Se nos ofrecía, además, la oportunidad de oír sus problemas en la propia voz de sus habitantes y contribuir con nuestras crónicas a hacerlos visibles.

Los periodistas que tomaron este taller asumieron el reto de examinar la fiesta con una mirada aguda, responsable y respetuosa. Aprovechando la puerta que dejaron abierta con su buen ejemplo, valdría la pena continuar la capacitación de los reporteros regionales del país en escenarios donde también sea posible explorar culturalmente nuestras comunidades raizales.

Alberto Salcedo Ramos (Colombia).

Considerado uno de los mejores periodistas narrativos latinoamericanos, es comunicador social y periodista. Sus crónicas han aparecido en diversas revistas, tales como SoHo, El Malpensante y Arcadia (Colombia), Gatopardo y Hoja por hoja (México), Etiqueta Negra (Perú), Ecos (Alemania), Diners (Ecuador), Marcapasos (Venezuela) y El Sábado (del diario El Mercurio de Chile), entre otras. Crónicas suyas han sido traducidas al inglés, al francés y al alemán.

Es autor de los libros "El Oro y la Oscuridad. La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé" (Random House Mondadori, 2005), "De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho" (Ediciones Aurora, 1999 y 2005) y "Diez juglares en su patio" (Ecoe Ediciones, 1994). También es coautor de Manual de Géneros Periodísticos (Ecoe Ediciones, 2005). Sus textos se han incluido en las antologías "Lo mejor del periodismo de América Latina" (FNPI y Fondo de Cultura Económica, 2006), "Crónicas latinoamericanas: periodismo al límite" (Fundación Educativa San Judas, Costa Rica, 2008), "Crónicas SoHo" (Aguilar y Revista SoHo, 2008), "Años de fuego: grandes reportajes de la última década" (Planeta, 2001), "Citizens of fear" (Universidad de Rütgers, 2001) y "Antología de grandes crónicas colombianas" (Aguilar, 2004). Este año será publicado su nuevo libro de crónicas, bajo el sello editorial de Aguilar. Entre tanto, la productora Paraíso Picture llevará al cine su libro "El Oro y la Oscuridad".

Salcedo Ramos ha ganado, entre otras distinciones, el Premio a la Excelencia de la Sociedad Interamericana de Prensa - SIP, el Premio Internacional de Periodismo Rey de España, el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar (tres veces), el Premio de la Cámara Colombiana del Libro al Mejor Libro de Periodismo del Año y el Premio al Mejor Documental en la II Jornada Iberoamericana de Televisión, celebrada en Cuba. En 2004, gracias a su perfil 'El testamento del viejo Mile', publicado en El Malpensante, fue uno de los cinco finalistas del Premio Nuevo Periodismo CEMEX+FNPI.

PALENQUE, VIENTRE Y TAMBOR



Publicado en EL COLOMBIANO (Medellín)- Generación
Domingo 25 de octubre de 2009

Beatriz Mesa Mejía

Soy tambor. El corazón del árbol entrega la madera que me dará vida. Tambor, ese que suena en las noches largas de Palenque, de San Basilio. Pueblo libre, le dicen, porque se liberó primero del yugo español, cuando los esclavos africanos entonaron un grito de libertad. Seguro fue una canción de libertad, que no se ha perdido, pues, quien recorre las calles de este pueblo amado por sus habitantes, encuentra una canción en cada esquina.

Tambor. Soy el tambor que habla por ellos. El corazón del árbol me dio la vida y yo la entrego cuando, a cada golpe, me hago melancolía en las noches de duelo, y alegría en parques y tiendas, en casas y aceras y pequeños caseríos.

Tambor soy. Y son muchas las manos que me tocan, que me abrazan, que me "apechichan". Y a muchos embrujo con mi sonido, grave en los rituales fúnebres del lumbalú; agudo en las rumbas, cuando risas y bailes se mezclan en un tiempo como detenido.

Habito un pueblo de horas tranquilas. No sé qué ocurre cuando comienzan a fabricarme. Tal vez sea porque mi fuerza está dada por el corazón del árbol. La balsa, el caracolí, la ceiba, cortados en luna buena, me dan forma gracias a manos expertas en las que hay un sueño, el sueño de escucharme con mis sonidos ancestrales. Nací en luna llena. Salgo del vientre del árbol, y me convierto en vientre que alberga la música, la que da felicidad, la que acompaña momentos de despedida.

Tambor soy. La base se forma poco a poco. Con pequeños golpes, como anunciando lo que me espera, preparo mi cuerpo. Y yo siento el cincel, el formón, la chicora, la saca que saca la madera, hasta formar ese hueco que se cubrirá luego con el cuero de chivo o de venado, que al secarse y templarse, se dejará tocar, suave, unas veces; fuerte, otras.

También serán manos expertas las que me hagan sonar y, a veces, manos pequeñas de principiantes que, a la luz de las enseñanzas de padres y abuelos, aprenderán a sacarme los secretos que guardo adentro, en mi corazón.

Corazón que suena en las noches de Palenque. Algunas veces, el sonido llega de Barrio Arriba; otras, de Barrio Abajo. Así está dividido el pueblo en el que habito, donde hombres, más que mujeres, me dan la voz. Algunas de ellas me han dado vida, Graciela Salgado, por ejemplo, tiene manos como de hada: fuertes y seguras, se conservan a pesar de sus años. Ella, miembro de la dinastía Batata, hace parte de un grupo de nombre impensable, Las alegres ambulancias. ¿Cómo puede ser alegre una ambulancia? Me pregunto. Ella y los integrantes de este grupo saben cómo hacerlo.

Sin embargo, son los hombres los que se han hecho conocer gracias a mi sonido. Ellos me dan vida y yo los convierto en reyes, y no precisamente por ser éste uno de los apellidos más comunes en Palenque. José "Paito" Valdez, Laureano Tejedor, Franklin Laureano "Lamparita" Tejedor Salgado, Manuel Valdez Cañate, Benicio Torres "Batata", Sebastián Salgado Reyes, saben que mi alma sale por el filo del sonido. Ellos y otros más han logrado sacarme, incluso, del lugar que habito, de mi tierra, corregimiento de Mahates, a 50 kilómetros de Cartagena, y así, mis sonidos se han sentido en el interior o en las zonas costeras de Colombia,

este país de contrastes donde se asienta Palenque. Al abandonar mis tierras cálidas, sedientas, a veces, me he dejado escuchar en Medellín, Bogotá, Cali. También en Barranquilla, Cartagena, la Guajira, pequeñas poblaciones o grandes ciudades. O en otros países como Jamaica, Panamá y Ecuador.

Eso soy, tambor que nació en Palenque, este pueblo libre que aman sus habitantes. Que aman con sus calles sin pavimentar, con su idioma afrohispanico, único en el mundo, que saben alternar con el castellano; con su olor a polvo, con sus casas de escasos espejos, con la sensualidad de sus nativos, con sus mangos y aguacates, con su pequeña iglesia que se abre los domingos y lunes de Misa, iglesia como capilla, cuidada por San Basilio, Santa Mónica, San Martín; habitantes que aman a Palenque con el vaivén de su luz, que llega, que se va; con el agua escasa de regular acueducto, que llena los tanques un día sí y otro no; con esquinas que se alegran cuando alguien canta de manera espontánea. Y cuando alguien toca el tambor. Y cuando se realiza su Festival de Tambores y Expresiones Culturales, cada año, como cita impostergable.

A veces siento que soy vientre. En mí habita un sonido. En mí se gesta una música que retumba Calle Arriba, Calle Abajo. Retumba. Y cuando lo hace, es como si los ancestros volvieran a habitar estas tierras. Como si Benkos Biohó, libertador de esclavos africanos, apareciera de nuevo con su voz libre. Los tambores de Palenque sonamos distinto. Y no me pregunten por qué. Será porque en nuestros orígenes fuimos voz entre los pueblos cercanos, cuando anunciábamos festejos y fallecimientos o advertíamos la presencia enemiga. Acontecimientos dichos con ese sonido poderoso, sonido batá de lenguaje simbólico que se encierra en nuestro vientre. Su golpe, cuando es fúnebre, le anuncia a las almas que alguien va para allá. Será por el corazón

del árbol cortado en luna llena, nunca en noches oscuras de luna biche; será por ese cuero que se curte, será por el cuidado de quien nos construye.

Soy tambor. He visto trabajar a Franklin Tejedor, de 18 años, o a ese hombre de 53, a quien llaman Paito. Son luthiers. Son constructores y músicos. Franklin, a quien le dicen Lamparita, apenas se inicia. Tal vez en un futuro, los tambores de Palenque salgan de sus manos. Y yo estaría confiado. Basta verle su rostro iluminado cuando habla de lo que significa este instrumento milenario para él y para su pueblo.

Tambor. Tengo cuñas de madera de mora, de chocolatillo, de guayaba, de banco blanco o de totumo, y senos hechos de nylon, necesarios para afinar, para dar el sonido que se sueña. Me abraza una cinta de majagua.

Soy vientre. Y lo soy con la fuerza que da ser nicho y casa. Tengo dentro el alma que sale cuando las manos de los músicos me dan vida. Vientre, como lo es Palenque para sus habitantes. Tierra cálida a cien metros sobre el nivel del mar. Cálida con sus cuarenta grados centígrados. Cálida para el regreso, porque sus habitantes se van y vuelven.

Tambor soy y generalmente estoy acompañado por la marímbula, las maracas, la guacharaca, el timbal y las claves, juntos hacemos un sexteto. Esa formación que trajeron los cubanos cuando llegaron a trabajar en los ingenios de azúcar o en las tierras bananeras. Los cubanos se fueron, los palenqueros volvieron a su tierra y algunos formaron grupos como el Sexteto Habanero, en los años treinta, que dio origen años más tarde al Sexteto Tabalá.

Dicen que los tambores en Palenque tienen alma. Y yo siento que la tengo. Un día le escuché decir a Franklin que cuando



Palenque, vientre y tambor

La música hace parte vital de San Basilio de Palenque. Allí se canta y se danza. Allí el ritmo se lleva en la sangre.

hacia un tambor era como darle vida a una persona. ¿Por qué? Porque sabe que se lo entregará a alguien que será muy feliz poniéndolo a hablar con sus múltiples sonidos. Le dará alegría a él y a quien lo escuche. Por eso lo personifica. El espíritu del tambor sale cada vez que alguien pone sus palmas sobre él. Palmas duras con las huellas del cuero curtido, palmas que saben del ritmo. Que saben que el tambor en Palenque tiene alma. Y la tiene en bullerengues, en chalupas, sones de negrito, currulaos y cumbias. La tiene siempre.

“Cuando estoy en la parranda no me acuerdo de la muerte”, escucho este canto en la noche quebrada, y pienso que todos los que me han dado el sonido, han sentido lo mismo. Soy símbolo de lo que permanece en esta tierra que vive de su pasado.

Luna nueva y corazón de madera madura para emitir un buen sonido. Bien como pechiche, como llamador, como tambora

o como tambor alegre. Ahí estoy como vientre que da forma a sueños, ahí estoy como Palenque, vientre para sus habitantes, esos que se quedan, esos que regresan. Vientre soy, vientre Palenque.

Ayer la vide/ una mañana regando flores/ a la reina de los jardines/ de los jardines de mis amores/ Reina de los jardines/ recíbeme cantando...". Así dice melodiosamente José "Paito", y yo me emociono cuando lo escucho. ¿Cómo no sentirme feliz en este pueblo en el que la gente canta en las esquinas y el ritmo se lleva en la sangre?

El son de Tabalá

Rafael Cassiani Cassiani nació en 1934, cuatro años después de haberse creado el Sexteto Habanero. Su tío, Martín Cassiani Cáceres, infundió en el hoy maestro, el amor por la música. "

A los ocho años iba encerrando todo lo que oía. Yo cantaba y tocaba las maracas, pero no podía con ellas y me las amarraban", recuerda Cassiani, sentado en una silla mecedora de su casa en San Basilio de Palenque.

Tocando y cantando por pueblos y veredas aprendió en una época donde los sextetos hacían parte del paisaje rural y siempre estaban en los rituales lumbalú, de nueve días, que se hacían (se hacen) en memoria de los muertos.

El grupo de la primera generación, del que hacía parte su tío, desapareció en medio de sones. Sin embargo, quedó la semilla que hoy da frutos en Tabalá, sexteto dirigido por Rafael, que no está para tocar solo en velorios, por eso su música es alegre, vivaz.

Es un gusto verlo en el escenario. Se mueve como un gato, interactúa con su público y goza con él, también. Así lo vimos, con su figura delgada y su cuerpo ágil, en el Festival de Tambores y Expresiones Culturales de Palenque; así se ha visto en otros escenarios de Colombia y del mundo.

En su silla, mece que se mece, el director, compositor y primera voz de Tabalá, se siente orgulloso de sus ancestros y de su mundo de sonidos. Tabalá es una palabra "bantú" que significa tambores de guerra, explica. El tambor es algo grande, alegre... El tambor anuncia, dice cosas, sirve al muerto y al vivo; sirve en la tristeza y la fiesta; en el trabajo y en la leyenda.

El tambor, de la única manera que se describe es tocándolo, advierte Rafael Cassiani, este músico de voz aguda, ojos serenos y talento natural, que se siente feliz con su canto y sus canciones, con su grupo, con su saber profundo ligado no solo al ritmo sino también al conocimiento de hierbas que curan y sanan heridas.

Sabe que a veces muere primero el tamborero que el tambor, sabe que entre ambos hay una comunicación misteriosa.

Rafael enseña a los más jóvenes. Es un maestro en el pueblo. Su voz representa el son palenquero, la esencia bantú, y su sonrisa tranquila, la hospitalidad de este lugar caribeño.

Rafael Cassiani es memoria y oído. Es voz en la música, en lo que representa de cultura y de tradición oral. Él tiene la historia en su piel negra. Sus ancestros están en África. Y el lo canta con su Sexteto Tabalá, ese de sones lentos y rápidos, y fúnebres, como lamentos, cuando es necesario. Ese que tiene una melancolía que se descuelga en tambor, maraca, guacharaca, timbal, clave y marímbula. Que se descuelga cuando, parado en un escenario, hace sentir el poder y la poesía de su cultura ■

PALENQUE CON PELOS Y SEÑALES

Más allá de la estética de las trenzas

Publicado en EL ESPECTADOR (Bogotá)
Domingo 18 de octubre de 2009

Juan Carlos Piedrahíta B.



Mientras trenzan tiras de cabello artificial las mujeres van tejiendo la historia de San Basilio. En esta triada de color castaño claro se resume el camino hacia la libertad para este pequeño refugio palenquero.

En la primera porción de pelo va descifrada la ruta con la que dejaron atrás aquellos siglos de esclavitud. En sus cabezas, como si se tratara de la labor más exacta realizada por un cartógrafo, se dibujan senderos misteriosos por los que hombres y mujeres esclavizados se desplazaron con rumbo a sitios estratégicos alejados del centro de reclusión forzada. Integrantes de una misma familia se encargaron durante siglos de esta minuciosa labor y todos los caminos arenosos de la población y sus alrededores han sido plasmados en sus vistosos peinados. A través de ellos se cuenta su historia, se pregona su libertad y se observa la cotidianidad de su raza.

En la segunda fracción de esta triada de cabellos rizados tan sólo se insinúan las semillas, las piedras de oro y los diminutos utensilios que camuflados en sus peinados posibilitaron la supervivencia de las familias Cassiani, Hernández, Simarra y Tabalá, algunos de los primeros pobladores de esta región en el departamento del Bolívar.



Los peinados en San Basilio son un testimonio de su pasado y un símbolo de su libertad.

Y en la última vertiente de la trenza están incorporadas, en símbolos y representaciones, las deidades más emblemáticas de la africana tradición Yoruba, de gran influencia para los moradores de la región. En el Palenque de San Basilio vive Adriana, 14 años. Ella no sabe cómo aprendió a peinar y posiblemente desconoce el trasfondo cultural y social que está dibujando en la cabeza de Ney. Lleva más de media vida ejerciendo esta actividad y su destreza en los dedos es tan grande que se puede dar el lujo de estar más pendiente de la televisión que del futuro estético de su amiga, quien de vez en cuando le quita los ojos de encima a Víctor, el protagonista de una telenovela venezolana, para coquetearle al espejo. “Somos tú y yo / hasta el final. / Nada ni nadie podrá separar / y el tiempo nunca nos va a cambiar /”, repiten en coro un fragmento de la banda sonora mientras se acerca un corte de comerciales.

Por su parte, Ney, 13 años, hace más fácil el trabajo de Adriana y tiene la misión de realizarse algunas trenzas para que no la coja desarreglada la inauguración del Festival de Tambores y Expresiones Culturales de Palenque. El compromiso es que después Ney asuma la mecedora, el consabido trono de vaivén, y su amiga se disponga en el piso para someterse al proceso de embellecimiento personal. “Estos pelos son de caballo, eso es lo que dicen”, manifiesta Ney mientras trenza de manera hábil una pequeña parte de su pelo.

Sin embargo, estas jóvenes son apenas dos de las cientos de mujeres que hacen y se dejan hacer trenzas en cualquier esquina de la población. Por pura información genética son capaces, muy rápido, de transformar un afro corto en toda una obra de arte. “Pitillo, zigzag , dos puntos, la puerca parida, bejuco zulumbí y



los caminos de Palenque son algunos de los estilos que hacemos aquí con este material sintético que se compra por \$5.000 el metro en el caso del producto nacional y \$6.000 el paquete si se trata del pelo venezolano”, comenta Josefa Hernández, quien invirtió en su peinado más de \$15.000. Ella, como líder cultural, se ha preocupado por estudiar los fenómenos sociales de su raza, y desenrollando su compleja moña dice que la actividad del peinado es muy interactiva, pues siempre reúne a seis o siete mujeres bajo la sombra de un frondoso árbol.

Josefa o Chepa , como se le conoce en el entorno de la plaza principal, estudia Lingüística en la Universidad de Cartagena y el día en el que su hermana le hace las trenzas se siente capaz de conquistar el mundo. Pero el ritual del peinado no está precisamente ligado con una provocación sexual. Su fin supera los límites de la estética. “Para nosotros el trenzado es una especie de amuleto para el cuerpo. Nos gusta trabajar siempre los números impares porque se dice que hay que dejar un espacio para que salgan las cosas malas. Los impares te protegen de lo bueno y hacen que lo malo tenga por dónde salir”, asegura Moraima Simarra, docente de profesión y experta en la cultura palenquera.

Moraima, Chepa, Ney y Adriana saben que cada peinado tiene su ocasión. Y estos calurosos días de fiesta ameritan portar sus moñas apuntando hacia arriba, mientras que los peinados que caen los dejan para desarrollar sus actividades diarias. “Tenemos peinados que acompañan hasta el ritual del lumbalú”, confirma Moraima, la orgullosa portadora de un peinado de Dos puntos, en el que se destacan los ejes de San Basilio: la plaza principal

y el arroyo. El primero está ubicado en la parte frontal de su cabeza y el segundo se ubica muy cerca de su oreja derecha. Ella, como si recorriera con sus pasos el camino desde el centro hasta la fuente de agua del pueblo, mueve su dedo por su cuero cabelludo y asegura que muy pocas cosas en el Palenque carecen de significado.

Por eso no es gratuito que hayan sido las mujeres las comisionadas para guardar en sus trenzas el secreto de la libertad. La estética masculina, por su parte, está dominada por los cortes a ras y los pocos que se hacen trenzas optan, por tradición y respeto, por los peinados hacia abajo. Es un oficio tan relacionado con las labores domésticas que ningún hombre en esta población a 45 minutos de Cartagena tiene desarrollada la habilidad de trenzar.

Las mujeres más diestras en el arte del borde balay (nombre dado a una artesanía en forma de ponchera en la que se arrojan los desechos resultantes de la elaboración del arroz y el maíz) pueden tardar dos horas en cada cabeza. Es el caso de Keila Regina Miranda, quien aprovechó una tarde de su semana de receso en el colegio para acicalar a cinco de sus compañeras a cambio de una sonrisa.

“La gente pregunta que si el trenzado se hace con alguna herramienta, pero los dedos son nuestro único instrumento. Aquí nadie le enseña a nadie porque se aprende viendo. Cuando yo llego de Cartagena mi mamá me da quejas y me dice: Moraima, tu hija no ha hecho nada de oficio por estar peinando a las amigas, pero ella no ha tenido tiempo para que la peinen y pregúntale si alguien le dio algo”, dice mostrando sus enormes dientes.

En este ejercicio manual, artesanal y tradicional, las mujeres van tejiendo una suerte de telaraña, una red en la que se mezclan pelos naturales con fibras artificiales dejando al descubierto buena parte del cuero cabelludo con el fin de facilitar el acceso de las buenas ideas y entablar una relación, sin intermediarios, con el entorno.

Los peinados de esta raza que un día fue esclavizada son una muestra contundente de su esencia africana, pero también una demostración de su ingenio y su capacidad para enfrentar el mundo. En la parte interior de sus cabezas está el recuerdo de su pasado y por fuera una manifestación contundente de su libertad, cuya celebración se teje, tal como sus trenzas, día a día ■

VIAJE A LA TIERRA DEL TAMBOR

Publicado en EL PAÍS - Gaceta (Cali)
25 de Octubre del 2009

Santiago Cruz Hoyos



Las manos negras de Franklin Hernández Cassiani son pesadas, toscas, gruesas, carrasposas. Las palmas son ásperas, como con callos.

El muchacho, que tiene 17 años, está sentado en un patio de una casa ubicada en Barrio Arriba, en San Basilio de Palenque, la tierra del tambor. Entre sus piernas, cómo no, ciñe uno de esos instrumentos que lo han acompañado a él y a su pueblo durante toda la historia.

Franklin toca, endiablado. Tiene los ojos entrecerrados, como transportado en otro mundo. Su golpe de ese tambor alegre acompaña la voz de Farid Torres, 32 años, uno de los pocos solteros del pueblo, que canta en el grupo musical Oriki Tabalá, un nombre que significa 'fiesta de tambores'. Farid está entonando el himno de San Basilio de Palenque.

"Palenque fue fundadooo, fundadooo por Benkos Biohó. Y el esclavo se liberoó, hasta que llegó a famoso. Áfricaaa, África, Áfricaaa, África...".

La escena se desarrolla en una tarde ardiente de más de 38 grados centígrados de un jueves de octubre, un día antes de que en San Basilio de Palenque, ese corregimiento que hace parte del municipio de Mahates, en el departamento de Bolívar, ubicado a

San Basilio de Palenque fue el escenario en donde se realizó el XXIV Festival de Tambores y Expresiones Culturales.

45 minutos de Cartagena, se inició el XXIV Festival de Tambores y Expresiones Culturales.

Sentado junto a Franklin, Farid me explica ahora el asunto de las manos del muchacho. “La mano de un tamborero se protege a sí misma contra el cuero y el palo. Sabe que si toda una vida va a estrellarse sin parar en el cuero del chivo, del venado o de la vaca, tiene que resguardarse”.

Franklin sonríe y se mira enseguida sus palmas, levantándolas directo al sol. Después me estrecha las mías para que compruebe la aridez de una mano de un tamborero de San Basilio. En el acto sentencia: “El tambor es lo mejor para mí. Nadie me lo quita”. De nuevo, estrelló las manos contra el instrumento e inicia su trance.

La historia de este enclave africano en Colombia, cuna de músicos legendarios como el maestro Rafael Cassiani, director del Sexteto Tabalá, y boxeadores de pegada mortífera como Antonio Cervantes, ‘Kid Pambelé’, tiene el tinte de un cuento épico.

El pueblo fue fundado por esclavos liderados por Benkos Biohó, un hombre afro nacido en Guinea Bissau, África Occidental, y que según una de las leyendas, fue capturado y vendido en 1596 como esclavo al español Alonso del Campo, en Cartagena.

Benkos se rebeló a ese destino de tortura, organizó un forajido ejército de esclavos para dominar los Montes de María, en los departamentos de Bolívar y Sucre, y llegó a esta tierra que he pisado durante seis días, Palenque, que se define como el lugar poblado por esclavos africanos fugados del régimen español. Aquí en este territorio, símbolo de libertad, Benkos y sus hombres doblegaron a la cadena, al candado, al dominio de la voluntad.

En los cerros de Palenque ubicaron tambores de más de metro y medio, los ‘Pechiche’, para que cuando fueran tocados, lanzaran la señal de un posible ataque del enemigo blanco. Fue de esta manera, con el tambor en la trinchera, que Palenque se declaró como el Primer Pueblo Libre de América. Y aquí estoy, pisando los caminos de este pedazo de África en Colombia. Sigo en el patio, con Franklin.

El tambor, me dice ahora, es una forma de expresión, una extensión del alma, del cuerpo. El tambor, insiste, es una manera de mostrar la alegría del hombre negro. Y es, además, medio de comunicación, teléfono de Palenque. Anuncia con su bramido a pueblos cercanos como Malagana o Palenquito acontecimientos tan disímiles como un velorio o una fiesta; una enfermedad o el nacimiento de un niño.

En el lumbalú, el ritual fúnebre que se realiza para despedir a los muertos, el golpe del tambor orienta el alma del difunto hasta el

más allá, en lo más alto del África, donde aseguran en Palenque queda el sitio del descanso eterno. También, dicen que el que tenga hambre y empiece a tocar, el tambor le espanta la fatiga, sin duda.

La vida en este pueblo en el que habitan 3.500 personas, agrupadas en 435 familias que ocupan 421 casas, gira alrededor del toque enfurecido de un tambor. Bom, bom, bom, bom...



Para llegar de Cali a San Basilio de Palenque hay que subirse en un avión hasta Bogotá y en otro hasta Cartagena. Después, en carro, se debe tomar la carretera Troncal de Occidente, pasar por poblaciones como Arjona, Gambote y Sincerín, pagar dos peajes que están casi juntos, hasta llegar a una trocha que conduce al pueblo. Son cinco kilómetros de un camino que, dicen los habitantes de San Basilio con una esperanza que no le da espacio a la duda, estará pavimentado en el 2010. Ahora esa 'carretera' es polvo y tierra. Y silencio. Y selva virgen a lado y lado.

Desde que pisé este territorio sentí un ambiente de feria, de fiesta. En los patios de las casas levantadas con paja y bahareque se escuchaba el toque del tambor y el canto de hombres, de mujeres, de niños. En las calles, bebés de dos y tres años aparecían en las esquinas y casi desnudos bailando champeta. Las jóvenes, cuando caminaban, en realidad danzaban. Es que el baile en San Basilio se lleva literalmente en las venas.

En Palenque comprobé que el tambor atrae, llama, hipnotiza. La primera noche, por ejemplo, un toque enfurecido de varios tambores me hicieron salir disparado de la casa en la que me estaba quedando, atravesar un bosque iluminado con la luz de

la pantalla del celular, para llegar a una calle en donde la Escuela de Danzas Tradicionales Batata estaba ensayando. Seis hombres y seis mujeres bailaban mapalé al ritmo de los tambores. Sus cuerpos chorreaban sudor. Era, repito, hipnótico, hermoso, paralizante. Era el poder del tambor en toda su dimensión.

Y en cada costado del pueblo se repetía la escena que viví con Franklin y Farid, quienes se despidieron cantando ese himno de Palenque. En cada casa se alistaban para el Festival de Tambores y Expresiones Culturales que le rendía honor a 'Sikito', un anciano reconocido por su conocimiento de la medicina tradicional.



El calor en Palenque es cosa seria, llega a los 38 grados centígrados. Es que el calor, me dijo Adolfo Reyes, uno de los habitantes del pueblo, fue una de las razones para que el Ingenio Santa Cruz, que fue la principal fuente de empleo de la zona en los años 60, no prosperara.

"La caña necesita de calor en el día y frío en la noche. Acá esas condiciones no se dan, las noches no son frescas", comentó el hombre que de niño caminaba doce kilómetros desde el pueblo hasta el Ingenio alumbrado por la Luna. Y tiene razón. En las noches el calor en Palenque debilita, dopa. Eso a la larga es una ventaja. En el pueblo se duerme de tiro largo.

En San Basilio, además, no hay una sola calle que esté pavimentada. Ni La Boquita, ni La Almendra, ni Calle Nueva, ni Chopacho, que es la calle de los tamboreros. Ninguna. Y el acueducto casi ni funciona. Y cuando funciona, dos horas de un par de días a la semana, lo que sale por la llave es minúsculo, un goteo de agua lánguido. E ir al baño para muchos de los

habitantes del pueblo significa un viaje hasta el bosque para hacer las necesidades fisiológicas. Otros disponen de letrinas. En ese sentido el pueblo pareciera suspendido en un siglo lejano.

Encontrar empleo, de otro lado, es cosa seria. Por eso el pueblo vive en su mayoría de la agricultura y la ganadería. Las mujeres son las encargadas de vender los productos, además de los dulces que preparan para ser comercializados en las calles de Cartagena.

En el pueblo, además, hay 917 estudiantes inscritos en el único colegio de Palenque: la Institución Educativa Técnica Agropecuaria Benkos, que tiene tres sedes. Los muchachos cuentan sólo con 19 computadores y una biblioteca. “Y los recursos sólo nos alcanzan para darles merienda a 500 de los 917 estudiantes”, me dijo Basilia Pérez Márquez, secretaria del colegio.

El centro de salud se ufana de ser uno de los más equipados de la zona. Sin embargo, el día en que me rasgué un párpado con un alambre de púas, no había una sola vacuna antitetánica. Tampoco tiene una ambulancia para trasladar heridos de gravedad hasta Cartagena.

Pero aunque sorprenda, a excepción del empleo, la educación y la pavimentación de la vía que conduce hasta el pueblo, el resto de ‘problemas’ son minucia para una gran mayoría de los habitantes de San Basilio. Que una calle esté pavimentada o no poco les importa. Caminan, muchos, sin zapatos y sobre piedras ardientes y filudas y ni se inmutan. Así lo han hecho durante años.

Un alcantarillado, me explicó Farid, el cantante de Oriki Tabalá, tampoco es necesario. Es que, con un alcantarillado nuevo, los desechos irían a parar al arroyo que está a unos cuatro minutos del pueblo, contaminándolo. Y el arroyo, como el tambor, es vital para la vida de San Basilio. Del agua del arroyo viven. Y es,

además, el lugar en donde va y viene la información del pueblo, que es transmitida de boca en boca por las matronas que todos los días llegan a lavar la ropa. El arroyo es como el periódico de San Basilio. Allí se informa del cumpleaños que se viene, de la más reciente pelea, del próximo hombre en irse de la zona.

“En materia de desarrollo, lo que más anhelamos es que se logre pavimentar la vía que conduce desde la Troncal de Occidente al pueblo. Y que se generen fuentes de empleo, microempresas de dulces, para que las mujeres no tengan que ir hasta Cartagena a vender los productos en la calle”, me dijo Danilo Reyes, guía turístico de San Basilio.

Es que quizá ese primitivismo en el que se vive ha sido la muralla que han puesto los moradores de este paraje contra las influencias culturales que llegan del interior del país. Así, de espaldas al desarrollo, han preservado su cultura africana, han seguido fieles a sus ritmos musicales como el bullerengue, como el son palenquero, como la champeta o el lumbalú, que es el baile del muerto. Fieles a su medicina tradicional basada en las plantas del bosque, a su organización social en donde la familia, los kuagros y las juntas son los ejes primordiales, y fieles a los tambores, esos instrumentos que en San Basilio de Palenque jamás pararan de bramar.

IV

Al ver a Palenque de entrada, primitivo, un desprevenido supondría entonces que el hecho de que la Unesco lo haya declarado el 25 de noviembre de 2005 como ‘Obra maestra del patrimonio oral e inmaterial de la humanidad’, no ha servido para nada. El pueblo sigue intacto, sin la mano visible del Estado, atrasado en infraestructura, en educación.

Pero tamaño reconocimiento de la Unesco está salvando la cultura de este pueblo. Y eso, quizá, es más trascendente que pavimentar una calle, que instalar unas líneas telefónicas. ‘Lucho Colombia’, un pintoresco personaje que se recorre todo el país viviendo cada certamen cultural que se programe, me dijo que Palenque es un tesoro de la Nación. Lo es en el sentido de que para vivir la cultura africana, para olerla, oírla, comerla, sentirla, sólo hay que ir a San Basilio.

“Tenemos que cuidar este pueblo para que nuestros hijos no tengan que investigar esta cultura negra en libros o museos sino aquí, en vivo y en directo, sintiéndola en la sangre, compartiendo la vida con los palenqueros”, comentó. Y aseguró: “Para eso, para salvaguardar la cultura de este pueblo, es para lo que ha servido el reconocimiento de la Unesco”.

Danilo Reyes, el guía turístico, opina lo mismo. Cree que el reconocimiento de la Unesco ha servido, por ejemplo, para que la lengua palenquera, ese idioma con el que se comunicaban en épocas de la conquista para despistar al enemigo, haya vuelto a surgir, a hablarse en la calle.

Otro punto importante, añadió Danilo, es que con la declaratoria de la Unesco, los habitantes de San Basilio se preocuparon por comprender su historia y su cultura. Aprendieron a tener sentido de pertenencia por el pueblo. Ese detalle lo comprobé en la calle, preguntando. Los palenqueros conocen su historia, admiran a Benkos, saben que son el primer pueblo libre de América fundado en 1603. La idea de seguir siendo un reducto africano en Colombia la tienen presente.

“Eso también se debe al proceso etnoeducativo que se ha impartido en el pueblo. No sólo le enseñamos nuestra historia a

los niños en los colegios, sino a toda la comunidad, asesorados por los ancianos, que son los que conocen el pasado de esta tierra”, me dijo Jesús Natividad Pérez, director del XXIV Festival de Tambores y Expresiones Culturales.

Pero hay que dejar claro, sí, que no sólo de cultura vive el hombre. A los gobernantes del Departamento de Bolívar, con o sin el reconocimiento de la Unesco, hay que preguntarles por la educación, por la salud, por el empleo en el pueblo. Hay que preguntarles por qué tienen olvidado a San Basilio.

Sus habitantes necesitan, como todos, de calidad de vida, de agua potable, de un baño tranquilo, de un ventilador encendido, de un trabajo digno...

V

Hubo un tiempo, en los años 50, que en San Basilio de Palenque los ancianos prohibieron el toque del tambor. Era una medida desesperada porque en esos años los tamboreros se mataban entre sí por envidia. Si un tamborero era superior a otro, le daban una pócima preparada con baba de sapo para matarlo y obtener su trono.

“Por eso era hasta pecado tocar tambor en esos años. El instrumento sólo se tocaba en eventos especiales como el lumbalú. La tradición resurgió en los años 80, cuando Sebastián Salgado, fundador del grupo Oriki Tabalá, les empezó a enseñar a tocar tambor a los niños a escondidas de los ancianos”, me dijo Farid Torres, el cantante de Oriki.

GACETA fue hasta allá y vivió la fiesta. Crónica de lo que fueron seis días caminando por el Primer Pueblo Libre de América, declarado por la Unesco como 'Obra maestra del patrimonio oral e inmaterial de la humanidad'.

14
Crónica

Por Santiago Cruz Hoyos
Periodista de GACETA

I
Las manos negras de Franklin Hernández Cassiani son pesadas, toscas, gruesas, carraposas. Las palmas son ásperas, como con ca-

llos. El machacho, que tiene 17 años, está sentado en un patio de una casa ubicada en barrio Arriba, en San Basilio de Palenque, la tierra del tambor. Entre sus piernas, cómo no, cibe uno de esos instrumentos que lo han acompañado a él y a su pueblo durante toda la historia.

Franklin toca, endiabladamente. Tiene los ojos entrecerrados, como transportado en otro mundo. Su golpe de ese tambor acompaña la voz de Farid Torres, 12 años, uno de los pocos solistas del pueblo, que canta en el grupo musical Orish Tabalá, un nombre que significa "fiesta de tambores". Farid está enfocando el hitmo de San Basilio de Palenque.

"Palenque fue fundado, fundado por Benkos Bibbó. Y el esclavo se liberó, hasta que llegó a famoso. Africainá, África, Africainá, África..."

La escena se desarrolla en una tarde ardiente de más de 38 grados centígrados de un jueves de octubre, un día antes de que en San Basilio de Palenque, ese corregimiento que hace parte del municipio de Malhatas, en el departamento de Bolívar, ubicado a 45 minutos de Cartagena, se iniciara el XXIV Festival de Tambores y Expresiones Culturales.

Señalado junto a Franklin, Farid me explica aboca el asunto de las manos del machacho. "La mano de un tamborero se protege a sí misma contra el viento y el polvo. Sabe que si toda una vida va a estrujarse sin parar en el cuero del chivo, del venado o de la vaca, tiene que resguardarse".

Franklin sonrío y se mira enrojecida sus palmas, levantándolas directo al sol. Después me estrecha las mán, para que compruebe la aridez de una mano de un tamborero de San Basilio. En el acto sentencioso: "El tambor es lo mejor para mí. Nadie me lo quita". De nuevo, estrecha las manos contra el instrumento e inicia su trance.

La historia de este enclave africano en Colombia, cuna de músicos legendarios como el maestro Rafael Cassiani, director del Sex-



►► El maestro Rafael Cassiani es uno de los músicos más reconocidos de Palenque. Él es el director del Sexteto Tabalá, uno de los grupos que más han sido aplaudidos en Colombia y en países como Estados Unidos y Jamaica. La música del grupo combina el son cubano con ritmos del pueblo como el bulerenge.

Viaje a la tierra del TAMBOR

►► Tradiciones

En octubre se realizó en San Basilio de Palenque el XXIV Festival de Tambores y Expresiones Culturales. GACETA fue hasta allá y vivió la fiesta. **Crónica de lo que fueron seis días caminando por el Primer Pueblo Libre de América, declarado en el 2005 por la Unesco como 'Obra maestra del patrimonio oral e inmaterial de la humanidad'.**

teto Tabalá, y bossadores de pegada mortífera como Antonio Cervantes, 'Kid Pumbó'; tiene el tinte de un cuento épico.

El pueblo fue fundado por esclavos liderados por Benkos Bibbó, un hombre afro nacido en Guinea Bissau, África Occidental, y que según una de las leyendas, fue capturado y vendido en 1500 como esclavo al español Alonso del Campo, en Cartagena.

Benkos se rebeló a ese destino de

tormenta, organizó un forajido ejército de esclavos para dominar los Montes de María, en los departamentos de Bolívar y Sucre, y llegó a esta tierra que he pisado durante seis días, Palenque, que se define como el lugar poblado por esclavos africanos fugados del régimen español. Aquí en este territorio, símbolo de libertad, Benkos y sus hombres doblegaron a la cadena, al candelado, al dominio de la voluntad.

En los cerros de Palenque sibi-

caban tambores de más de metro y medio, los 'Pechiche', para que cuando fueran tocados, lanzaran la señal de un posible ataque del enemigo blanco. Fue de esta manera, con el tambor en la trinchera, que Palenque se declaró como el Primer Pueblo Libre de América. Y aquí estoy, pisando las trochas y caminos de este pedazo de África en Colombia. Siglo en el patio, con Franklin.

El tambor, me dice ahora, es una

Y sí, el golpe del tambor resurgió. Gracias al llamado del instrumento se presentaron en este XXIV Festival de Tambores y Expresiones Culturales más de 50 grupos musicales de todo el país. Gracias al tambor llegaron unas 700 personas del interior y el extranjero que colapsaron el pueblo. Incluso, algunos de los visitantes se quedaron sin dónde dormir porque las casas de Palenque ya estaban alquiladas para el festival.

Gracias al tambor periodistas de toda Colombia atravesaron el país para llegar al pueblo y vivirlo para después contarlo.

Y ahí, en el barullo del Festival, en medio de los hombres y las mujeres que salieron a pintar las fachadas de sus casas con dibujos de tambores, en la plaza en donde poco se podía caminar por el gentío, en el grito de las vendedoras de dulces, en el estampido de los tamboreros, en el hervidero de música, en las fiestas que se armaron en las casas cuando llovió, dimensioné la frase más concluyente que sobre el tambor escuché en Palenque: "Aquí el tambor es poder".

Esa sentencia había salido de la boca del maestro Rafael Cassiani, mientras descansaba en su casa bajo un kiosco de paja. Sí, maestro. El tambor en San Basilio de Palenque es poder, es sagrado. También negocio. También turismo. Si no fuera por el tambor, San Basilio de Palenque sería un pueblo más del país. Si no fuera por el tambor, la vida acá no tendría sentido, la Unesco ni siquiera hubiera llegado. Si no fuera por el bendito tambor, rey de Palenque, no sabríamos que existe este pueblo negro, nadie llegaría a este enclave africano en Colombia. Nadie. Bom, bom, bom, bom... ■

►► Este texto fue escrito en el marco del Taller de Crónica con Alberto Salcedo Bamante, programado por el Ministerio de Cultura y la Fundación Nuevo Periodismo.

GACETA
25 de mayo de 2015

EL VIAJE DE UNA ALEGRÍA

Publicado en EL HERALDO (Barranquilla)
Domingo 18 de octubre de 2009.

Ricardo Rodríguez Vives



En San Basilio de Palenque la alegría tiene formas provocativas: un cuerpo redondo y dulce que brilla con una capa de aceitosa miel de panela.

En el Festival de Tambores que se celebró en Palenque, municipio de Mahates, Bolívar, los tamboreros afinaban sus dedos para castigar los cueros de los instrumentos, las bailarinas negras de cuerpos felinos y aceitados de sudor practicaban sus coreografías. La plaza principal se llenó de turistas. Al mismo tiempo, en los patios de tierra, decenas de peroles se llenaban de delicias típicas: caballitos de papaya, cocadas, maní mercochado, tortas de enyucado y la protagonista de esta historia, la alegría.

No existe una documentación acreditada que avale desde hace cuanto se fabrica este dulce en Palenque. Una de las mujeres más viejas del pueblo, Graciela Salgado, de 82 años –tamborera y cantadora de bullerengue– asegura que proviene casi de los tiempos de la Colonia. Basilia Pérez, docente de la Institución Educativa Técnica Benkos Biohó, dice que la elaboración de las alegrías probablemente sea más antigua que la de las cocadas y los enyucados, perdiéndose en la oscuridad de la tradición popular. Sin embargo, algo sí es seguro: su origen es doloroso. Pero también, feliz.

Alegría y dolor. Ruperta Cañate, de 65 años, se afana frente a una masa de millo, coco y panela que bulle en una paila sobre un fuego de leña. El ambiente de la vivienda es rural, como el de casi todas las casas del pueblo. En el patio, grande, retozan siete



Palenque celebró el XXIV Festival de Tambores, evento que fue la oportunidad para conocer algo más de la ruta que realizan los dulces típicos de este corregimiento de Bolívar.

cerdos chillones, unas cuantas gallinas y dos perros escuálidos de mirada melancólica.

Cuando la pasta llega al punto de cocción, la palenquera retira el recipiente y lo deja reposar unos minutos; después, toma la mezcla hirviendo entre sus manos y la moldea. Una arruga de angustia se forma en la frente de la mujer mientras muerde su labio inferior. Repite la acción hasta formar rápidamente 30 alegrías que reposan sobre una mesa. Si la masa se enfría, pues simplemente no tomará forma.

En ese momento Ruperta sonríe, y a pesar del ardiente dolor, señala con orgullo a su criatura parida por el fuego y formada por sus dedos.

– Ahí están mis chiquitas, solo me faltaban éstas para irme a Cartagena.

En el caso de la elaboración de esta golosina, se podría decir que no existe alegría sin dolor.

Una ruta alegre. En tierras del departamento de Bolívar, la génesis de la alegría inicia en los sembrados de millo del corregimiento de Turbana. Las espigas, semejantes a las del maíz, se desgranar y sus semillas se apilan en sacos que se transportan hasta Palenque, a unos 25 minutos en bus.

Ruperta compra un quintal de millo a uno de los distribuidores por 120 mil pesos. Al llegar a su cocina de piso de tierra, junto



al patio, tuesta cinco kilos en una olla y el grano eclosiona: su textura se torna suave y se esponja como crispeta. Raya tres cocos y derrite panela en la paila. La palenquera empieza a fundir la mezcla que en dos horas se convertirá en alegrías.

“Para mí, hacer dulces es un placer, pero también es duro. Después de ‘embolá’ las alegrías a mano ‘pelá’ se calienta el cuerpo y no puedes bañarte hasta la noche. Este negocio tiene problemas por eso, hay palenqueras que son imprudentes: se mojan y a muchas se les tullen los huesos y se les tuerce la cara”, narra la mujer.

Ruperta toma su ponchera rebosante y sale a la calle. Su propósito es recorrer 60 kilómetros en bus hasta Cartagena y vender su mercancía en el barrio Los Caracoles, en el cual tiene clientela segura.

En la plaza, el festival está en su apogeo. Pese a que solo son las 9:30 a.m., el calor está cerca de los 40 grados, lo que no impide que un grupo de bailarines de champeta lancen lo mejor de su repertorio. Algunos europeos, rubios y con la piel roja como camarones hervidos se muestran tan agobiados con la temperatura que dan lástima. Aún así, aplauden la destreza de los ‘champetés’ mientras les escurre el sudor por las sienes.

La palenquera toma un mototaxi que debe recorrer cinco kilómetros de vías destapadas hasta la carretera. Relata que llegará a Cartagena a las 11 a.m., y al filo del mediodía empezará la venta de los dulces en Los Caracoles, de los cuales, asegura la mujer, el preferido de sus clientes es la alegría.

Hace un cálculo rápido: hasta las 5 p.m., hora en que se devolverá a Palenque, habrá recorrido de 10 a 12 kilómetros con una olla cargada en la cabeza que pesa unos 10 kilos.

EN LÍNEA PALENQUERA
Noches de cuentera en Palenque: mitos y leyendas

Durante el Festival de Tambores se realizan concursos en lengua palenquera (traducción al público) de personas representativas de la comunidad... en el municipio de Bolívar.



La exposición artesanal del Festival se realizó en un habitáculo tradicional que está ubicado en la plaza principal, donde los artesanos exhiben sus productos.

CALIFICADA POR EXPERTOS

Vanidad palenquera al pleno con la maestra de peinados y cortes

Una de las actividades más atractivas del Festival fue la maestra de peinados, experta en hacer los peinados tradicionales de estilo afro, teniendo en cuenta los estilos y habilidades de artistas del cabello.



MAESTROS EN COVENENCIA
Talleres de enseñanza sobre tambor y artesanía palenquera

En este encuentro espacio, numerosos palenqueros hicieron conversatorios sobre los mitos y sucesos que giran el tambor para esta comunidad, así como la artesanía propia de la población.

Palenque celebró el XXIV Festival de Tambores la semana pasada, evento que fue la oportunidad para conocer algo más de la ruta que realizan los dulces típicos de este corregimiento de Bolívar.

El viaje de una alegría

Por Ricardo Rodríguez Vélez
San Basilio de Palenque

En San Basilio de Palenque la alegría tiene forma y color. Es un cuerpo robusto y dulce que brilla con una ríspida aureola mil de pasión.

No existe una documentación acreditada que avale desde hace ciento se fabrica este dulce en Palenque. Una de las mujeres más viejas del pueblo, Graciela Salgado, de 82 años, es la maestra de la tradición.

autómata y solemne. Ruperta Cafate, de 62 años, se adana desde a más mesa de millos, con y pañeta que brilla en una paleta sobre un fogón de leña.

Como la pasta llega al punto de cocción, la palenquera retira el recipiente y lo agigarrar para una misión; después, como la maestra herviente entre sus manos y la resultada. Una traga de espesura se forma en la frez de la mejor mientra comerte no hablo refresco.

En ese momento Ruperta amasa, y a pesar del ardiente dolor, señala con orgullo a su creación porfirada por el fuego y formada por sus dedos.

En el caso de la elaboración de esta delicada, se podría decir



Como en tiempos remotos, los palenqueros siguen preparando sus dulces en fogón de leña, en un patio de tierra.



Ruperta Cafate, pues antes de viajar a Cartagena.

El proceso de la alegría inicia en los sembrados de millo del corregimiento de San Basilio. Los espigas, semejantes a las del maíz, son desgranadas y con ellas se añaden en agua que se transporta hasta Palenque, a unos 25 minutos en bus.

Ruperta amasa un quintal de millo a uno de los diez y bolladora por 120 mil pesos. Al llegar a su cocina de paja de tierra, junto al pajar, toma el cinco kilos en una olla y el grano abollado se tritura se torna suave y se espesita co-

EN EL PAÍS
PALENQUE
QUILLEVO

Al mejor estilo de San Basilio de Palenque, en un patio de tierra, Mirla Cassiani Valdez atiza el fogón de leña para preparar el dulce, en un 'Volador del Puerto La Esmeralda, cercano al hospital La Manga.

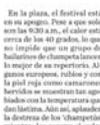


Para mí, hacer dulces es un gusto, pero también es duro. Después de 'vomitar' las alitas hacia la carretera, buslo que el cuerpo se agite con amor que se transporta hasta Palenque, a unos 25 minutos en bus.

Ruperta amasa un quintal de millo a uno de los diez y bolladora por 120 mil pesos. Al llegar a su cocina de paja de tierra, junto al pajar, toma el cinco kilos en una olla y el grano abollado se tritura se torna suave y se espesita co-

EN EL PAÍS
PALENQUE
QUILLEVO

Al mejor estilo de San Basilio de Palenque, en un patio de tierra, Mirla Cassiani Valdez atiza el fogón de leña para preparar el dulce, en un 'Volador del Puerto La Esmeralda, cercano al hospital La Manga.



Para mí, hacer dulces es un gusto, pero también es duro. Después de 'vomitar' las alitas hacia la carretera, buslo que el cuerpo se agite con amor que se transporta hasta Palenque, a unos 25 minutos en bus.

Ruperta amasa un quintal de millo a uno de los diez y bolladora por 120 mil pesos. Al llegar a su cocina de paja de tierra, junto al pajar, toma el cinco kilos en una olla y el grano abollado se tritura se torna suave y se espesita co-

10

El 10 de octubre se celebra el Día del Palenque. Este día se conmemora la fundación del corregimiento de San Basilio de Palenque en 1587.



El 10 de octubre se celebra el Día del Palenque. Este día se conmemora la fundación del corregimiento de San Basilio de Palenque en 1587.

El 10 de octubre se celebra el Día del Palenque. Este día se conmemora la fundación del corregimiento de San Basilio de Palenque en 1587.

10

El 10 de octubre se celebra el Día del Palenque. Este día se conmemora la fundación del corregimiento de San Basilio de Palenque en 1587.



El 10 de octubre se celebra el Día del Palenque. Este día se conmemora la fundación del corregimiento de San Basilio de Palenque en 1587.

El 10 de octubre se celebra el Día del Palenque. Este día se conmemora la fundación del corregimiento de San Basilio de Palenque en 1587.

“Dirán que esto es muy pesado. Quizás, pero con este trabajo uno de mis hijos fue a la universidad y ahora es profesional. Finalmente, es una buena vida, eso se lo aseguro”, dice la palenquera. Es aleja del pueblo en una moto. Debe hacer malabarismos para sostener la olla sobre su cabeza.

“Es una buena vida”, dice a mi lado la fotógrafa María Cristina López, del Ministerio de Cultura. Es bogotana, y dice que esos chistes racistas –acerca del acento ‘cantao’ de los palenqueros– o ese interés de colonizador decimonónico sobre una villa pobre del tercer mundo pierden sentido al percibir la dignidad de un pueblo admirable.

Porque los palenqueros son jubilosos y musicales. Orgullosos si se les menciona su condición de negros ‘ardientes’ o cualquier otro ridículo estereotipo. Orgullosos de ser afroamericanos y orgullosos por vivir en un apartado laboratorio sónico que ha engendrado ritmos como el bullerengue, chalupa y lumbalú. Y al final, felices. Porque de alguna manera sintetizan el sentir del habitante del Caribe: alegre, aún con los bolsillos vacíos.

Al mejor estilo de San Basilio de Palenque –casa con patio de tierra–, Mirla Cassiani Valdez atiza el fogón de leña para preparar alegrías, en su vivienda del barrio La Esmeralda, cercano al hospital La Manga. Ella hace parte de la tercera generación de su familia que emigró desde el municipio bolivarense. Pese a sus estudios de enfermería superior en la Universidad Simón Bolívar, es experta elaborando alegrías. “Aunque haya nacido aquí, me considero palenquera. Hay un pedazo de mi tierra en este lugar”, dice.

la universidad y ahora es profesional. Finalmente es una buena vida, eso se lo aseguro”, dice la palenquera. Se aleja del pueblo en una moto. Debe hacer malabarismos para sostener la olla sobre su cabeza.

“Es una buena vida”, dice a mi lado la fotógrafa María Cristina López, del Ministerio de Cultura. Es bogotana, y dice que esos chistes racistas –acerca del acento ‘cantao’ de los palenqueros– o ese interés de colonizador decimonónico sobre una villa pobre del tercer mundo pierden sentido al percibir la dignidad de un pueblo admirable.

Porque los palenqueros son jubilosos y musicales. Orgullosos si se les menciona su condición de negros ‘ardientes’ o cualquier otro ridículo estereotipo. Orgullosos de ser afroamericanos y orgullosos por vivir en un apartado laboratorio sónico que ha engendrado ritmos como el bullerengue, chalupa y lumbalú. Y al final, felices. Porque de alguna manera sintetizan el sentir del habitante del Caribe: alegre, aún con los bolsillos vacíos.

LAS PALENQUERAS CARGAN SU HISTORIA

Publicado en LA NACIÓN (Neiva)
Domingo 25 de octubre de 2009

Gloria Cecilia Gómez



Emelina Reyes Salgado, más conocida como 'La Burgos', es una palenquera de verdad. No sólo porque lleva una palangana en su cabeza cargada de dulces a base de coco y enyucados que vende en las calles, sino porque nació en Palenque de San Basilio.

Allí es usual encontrarla ofreciendo a pleno rayo de sol sus productos y cantando a viva voz: "Alegría, cocada, caballito, enyucado llevo para pico, para palo, para hombres sentados, parados, agachados, y acostados; Viejos, jóvenes y arrugados".

La gente sonríe y algunos le compran. Se nota, por su vistoso atuendo y perfecto equilibrio, que se siente orgullosa de lo que canta, de lo que vende y, sobre todo, de lo que es.

No es para menos. Su oficio, propio de las mujeres nacidas en Palenque, se expandió por todo el Caribe colombiano desde cuando ellas, dada la cercanía con Cartagena, viajaban cada día a vender frutas o dulces en las calles y playas de esta ciudad.

Hoy esta figura es reconocida y admirada por miles de turistas que visitan las playas colombianas, y además es símbolo del Reinado Nacional de Cartagena, que cada año escoge una palenquera para unas de las imágenes oficiales de la señorita Colombia.



La mujer palenquera ha construido su propio modelo de sociedad. Es comadrona, partera, rezandera, cantaora y curandera. Su pujanza es símbolo de su raza.

Las Palenqueras cargan su historia



Desde la esclavitud

La realidad es que la palenquera existe desde hace 500 años. El palenque era el lugar donde se refugiaron los esclavos africanos que se rebelaron y se escaparon del yugo de la corona española. Los esclavos que llegaban al palenque quedaban automáticamente libres, y por ello su nombre se convirtió en sinónimo de libertad.

Para el músico e investigador de pueblos afrodescendientes Guillermo Valencia, las mujeres vendedoras de Palenque “son las mismas mujeres de Senegal, las mismas de Angola, y las mismas que llegaron aquí a la costa de Venezuela, de la Guyana. Son las que en noches lluviosas, en sus cabellos y sus senos, llevaban algunos elementos, como fósforos, azúcar, sal, plantas, a los negros que huían al campo, para que ellos pudieran sobrevivir”.

Desde esa época las mujeres palenqueras vienen haciendo un valioso aporte a la lucha de su raza. Siempre ha sido una mujer trabajadora y al llegar al Caribe se perpetuó en una cultura matrilineal, donde la mujer tiene suma importancia en el hogar, a la par del hombre.

La resistencia

En Palenque de San Basilio, las mujeres han construido su propio modelo de sociedad. Son solidarias y líderes. Ayudan a mantener la economía familiar.

Por eso no es raro ver a ‘La Burgos’ a las 4 de la mañana arrancar su día con la preparación de los dulces que vende en las calles de su pueblo. “Desde hace 32 años estoy vendiendo. Al principio me iba en el bus a Cartagena y compraba piña, platanito, níspero, anón y mango. Lo vendía en las calles, caminaba 6 horas con mi palangana y en las noches regresaba a dormir junto con mi señor y mis hijos”.

Pero la suerte de ‘La Burgos’ no es la de otras. Muchas se ven avocadas a dejar sus hijos al cuidado de abuelas y tías para explorar su oficio de palenqueras en Cartagena, ciudades del interior e incluso Venezuela.

Pasan semanas, temporadas y hasta años sin regresar a su pueblo. Al respecto, Valencia dice que al hombre palenquero nunca le gustó salir a vender productos con las mujeres, un asunto cultural que tiene que ver con el proceso de esclavitud.



Sin embargo, advierte que “ahora que se rompieron las barreras socio lingüísticas, el hombre comenzó a salir”.

Lo cierto es que esta poca participación del hombre palenquero, le ha valido su fama de perezoso y recostado en sus mujeres. Ellas replican, no obstante, que es infundada porque desde el inicio el hombre se dedica a la agricultura de los productos que originariamente ellas vendían.

Cantaoras

La mujer palanquera siempre ha sido más que la mano derecha del hombre. Además de ser esposa es comadrona, partera, rezandera, cantaora, curandera, y participa de todos estos imaginarios colectivos que se dan dentro de la población.

Aunque muy pocas practican la religión católica, la cual asumieron por su condición de esclavas, son muy espirituales y rezanderas. No podemos desconocer que su origen viene de culturas africanas, donde hay asimismo elementos inherentes como el canto y la danza.

Por eso, no es raro escuchar el canto de ‘La Burgos’ no sólo pregonando a viva voz sus cocadas y enyucados sino también en el ‘lumbalú’, que es el ritual fúnebre que realizan las mujeres para despedir a sus muertos.

Cantaoras, ancianas, jóvenes, todas se reúnen, y con cantos en lengua palenquera y movimientos evocan pasajes de la vida del difunto al son de los tambores. Por medio de su tradición oral anuncian, a los que ya se fueron, la partida de ese nuevo ser y facilitan al alma del muerto su llegada al ‘más allá’ para que la misma no vague en el mundo.

El olvido

Más allá de sus tradiciones étnicas y culturales, las mujeres palenqueras continúan librando, después de 500 años, permanentes batallas.

Pese a que Palenque de San Basilio fue declarado por la Unesco, en el 2005, patrimonio oral e inmaterial, las dificultades son más que evidentes. La pobreza, la falta de oportunidades, y de infraestructura, como alcantarillado, vías, redes, las coloca en un atraso inaudito donde la igualdad de género carece de toda importancia.

Aún así, luchan por consolidar y extender su cultura. Por eso, no es extraño encontrarlas en cualquier rincón de Colombia, cargando su palangana con toda su dimensión histórica y cantando como 'La Burgos': 'alegríaaaaaaa, cocada, caballito...'

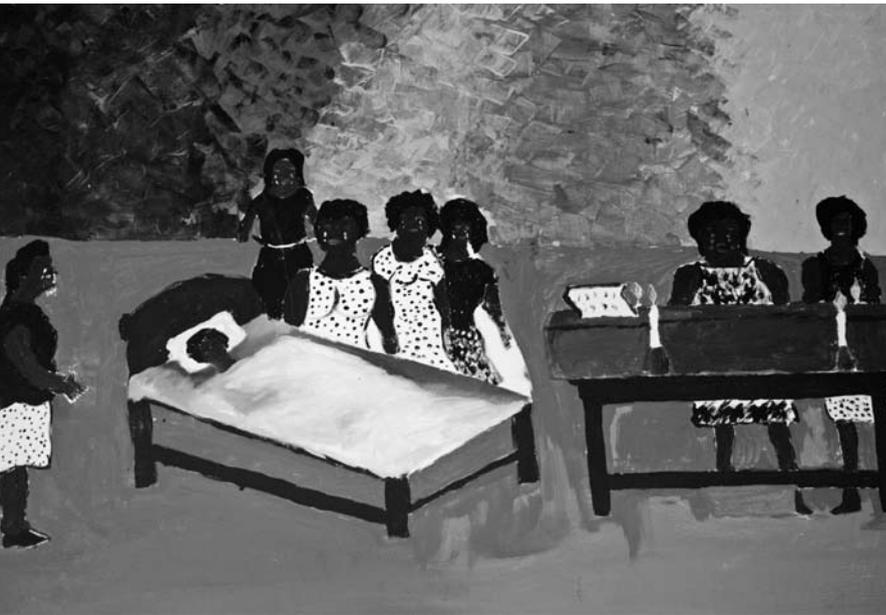


La mujer palenquera ha construido su propio modelo de sociedad. Es comadrona, partera, rezandera, cantaora y curandera. Su pujanza es símbolo de su raza.

LA MUERTE CANTA, TOCA Y BAILA

Publicado en EL COLOMBIANO (Medellín)- Generación
Domingo 29 de noviembre de 2009

Olmo Guillermo Liévano



Cuando en San Basilio de Palenque se avizora en los cielos el pájaro Kajambá, es señal de que la muerte se aproxima. Tan pronto la sabiduría local identifica lo inaplazable del destino, de inmediato se activan las alarmas. En forma veloz se difunde la noticia y se moviliza la población. Desde ese momento, se entreteje una red de comunicación, y desde lugares a veces remotos, muy pronto van llegando familiares y amigos y se desencadena en colectivo la solidaridad comunitaria.

La agonía

La agonía es la ocasión para dedicarse al enfermo grave y rodearlo con afecto. Le suministran sus alimentos preferidos, le cuchichean historias y turnándose, día y noche, le hacen guardia a María Lucrecia, la muerte, para que no se lleve el alma del agónico.

“Las miradas de todos los presentes no permiten que ella entre. Está ahí entrelazada, pero nadie logra verla. Se siente. Todos saben que el último que se rinda y cierre los ojos, le dará la



oportunidad a María Lucrecia para que entre con su gancho y lo meta por la nuca del agonizante y se lo lleve”, afirma Basilio Pérez, tatarabuelo y patriarca en San Basilio de Palenque.

María Lucrecia

María Lucrecia es la muerte vestida de mujer. Todos coinciden en afirmar que siempre anda con un gancho en la mano pendiente para robar las almas y llevarlas al ‘más allá’. Dolores Salinas, la segunda cantaora del Lumbalú, ritual funerario, entrecierra sus ojos y con la sabiduría que le otorgan sus largos años, corrobora su existencia: “cuando viene a donde está un grave, le ofrecen comida. Pero el día que ellos no quieren comer nada, se agravan y mueren. María Lucrecia es una mujer alta canillona. La costilla

la tiene pegada. Mi abuelita me decía que era una mujer larga, que jalaba a la gente con un gancho que golpeaba en el suelo”. Guillermo Valencia Hernández, investigador y músico, reitera: “los viejos dicen que es la encargada del proceso transitorio entre la vida y la muerte y de llevar las almas a un sitio del más allá”. Contradiciendo estas afirmaciones, Evaristo Torres, el palenquero más anciano del pueblo con 95 años, y a quien María Lucrecia no ha podido robarle el alma, se rebela ante la posibilidad de encontrársela. “A María Lucrecia no la he visto nunca. Ningún nacido vivo puede decir que la ha visto. ¿Acaso usted la vio?”, se apresura a preguntar con voz firme. Y agrega: “Yo estoy tranquilo. Algunas veces me tomo mis rones y bailo. Todos morimos. Hasta Jesucristo murió. Yo he visto mucha gente morir. Para esta temporada mía, todos han muerto. Todavía me siento muy bien de salud. Yo sólo creo en Dios”.



El lumbalú

El ritual de la muerte o “baile e mueto” domina las ceremonias fúnebres y lo lideran las “cantaoras”. Durante nueve días seguidos, mañana, tarde, noche y madrugada, estas mujeres acompañan el alma del difunto, en su buen morir, al mundo del ‘más allá’. En un canto responsorial que evoca la memoria del fallecido, una entona los versos, las demás responden o hacen coros lastimeros para que el alma pueda descansar y estar tranquila.

Según Valencia Hernández, “solamente en el Lumbalú es donde se escuchan los cantos en lengua palenquera. En ninguna otra parte se escuchan estos cantos que no tienen traducción al castellano. Son elementos lingüísticos, retazos del español del siglo XVII, vocablos de origen portugués, y kikongo y kimbungo del África occidental. Los viejos de antes no sabían leer ni escribir, todo esto se lo saben de memoria y por eso lo llaman secretos, porque están guardados en la mente y no se escriben”.

La casa donde se lleva a cabo el novenario se transforma. Llega una rezandera y empieza la danza con el golpe del tambor y el llanto, que acompañan el alma y le avisa a las otras almas que alguien va para allá.

El lugar sagrado lo conforma un altar que construyen en el centro, iluminado con cirios o veladoras donde casi siempre colocan un Cristo y la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. A su alrededor

rezan, cantan y bailan, mientras los familiares cuidan vigilantes del difunto y el ataúd. Otros llegan a enviar mensajes a las almas que ya se fueron. Un espacio semisagrado es la cocina, donde las mujeres preparan los alimentos propios de la región y jovencitas y jovencitos adolescentes ayudan repartiéndolos. Se mata una novilla y se cocina para todos en “calderaos”.

La zona profana la constituyen el grupo de compadres, amigos, familiares, músicos y cantaoras. Entre todos aportan trabajo, materiales, dinero, comida y licor. Mientras unos descansan, otros juegan dominó o cuentan relatos de leyendas mitológicas, chistes de doble sentido e historias cotidianas.

En el último día del novenario, a las doce de la noche, se oye el leko, un canto muy conmovedor, y se trasladan a la calle. El grupo de amigos del difunto, con quienes creció desde la infancia, dirige una marcha al son del canto. Las mujeres danzan simulando recoger maíz y los hombres, sembrando arroz. Y recorren por el pueblo los lugares que la persona muerta acostumbraba a visitar.

El entierro

El entierro inicia cuando los parientes sacan al difunto de la casa donde fue velado. La procesión es guiada por un hombre que carga una cruz y que no puede mirar atrás en ningún momento.

Sólo se detienen unos segundos al pasar frente a la iglesia y siguen hasta sepultarlo en el cementerio.

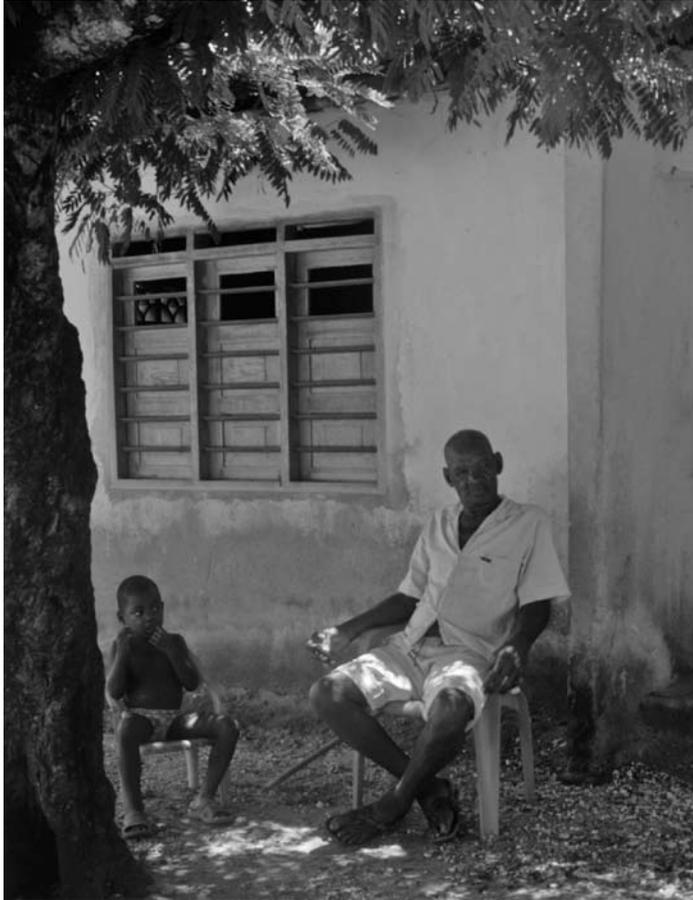
Al visitar el camposanto de Palenque, se dificulta avanzar en medio de los matorrales. Los nombres en las tumbas de personajes como Batata, considerado uno de los mejores tamboreros del mundo, o Simancongo, el rey de la marímbula, y otros tantos, ya están borrados. “El hombre palenquero no le da mucha importancia al cementerio, porque para ellos lo verdaderamente importante es el espíritu. Cuando el espíritu se va, los restos no importan...”, afirma el investigador Valencia.

Por ese culto al espíritu, al aproximarse la hora final, y en medio de siglos de olvido estatal, a pesar de estar a tan sólo 50 minutos de Cartagena de Indias, cuando el pájaro Kajambá anuncia la llegada de María Lucrecia, el trepidar de los tambores pregona al universo entero que la cita es ya, en San Basilio de Palenque. ■

EVARISTO NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA

Publicado en LA OPINIÓN - (Cúcuta)
Sábado 17 de octubre de 2009

Jhon Jairo Jácome Ramírez



Bajo un árbol, sin camisa, con un bastón que él mismo fabricó y ante la mirada atenta de uno de sus 44 nietos, estaba Evaristo Márquez, el actor que en su tiempo fue considerado una promesa del cine nacional y que hoy yace olvidado por todos aquellos que en su momento le profesaron admiración y respeto.

Evaristo miente al hablar. Pero no lo hace de manera intencional. Las fechas que su memoria le ofrece no concuerdan con la realidad de los hechos. Afirma haber nacido el 23 agosto de 1939, dato verdadero, pero se equivoca al decir que contaba con 25 años al iniciar el rodaje de la película que le daría sus 15 minutos de fama. La producción de 'La Quemada' inició en el año de 1968 y fue estrenada el 1 de enero de 1969. En total, fueron 10 meses de intenso rodaje que estuvieron a punto de colmar la paciencia de Marlon Brando, de lejos, el mejor actor de la época.

Caída del cielo, así le llegó la suerte a Evaristo Márquez. Y se fue con una rapidez tal, que aún no se sobrepone por su partida. “Yo estaba arriando un lote de ganado de mi patrón cuando de un carro me gritaron que me detuviera. Eso fue aquí cerca de Palenque (San Basilio de Palenque, en el departamento de Bolívar), en un municipio que se llama Gambote. El director, Gillo Pontecorvo, iba con tres personas más. Me dijeron que necesitaban tomarme unas fotos, pero yo me hice el difícil. Les dije que en ese momento estaba muy ocupado, que vinieran más tarde”, señala con orgullo Evaristo mientras se espanta la nube de mosquitos que le picotean sus piernas.

“Ese es el negro que estoy buscando”, gritó Pontecorvo cuando lo vio, como si una intervención divina se lo hubiese cruzado en el camino. Había buscado al intérprete de José Dolores, personaje que junto a Marlon Brando como Sir William Walker arman la revuelta en la isla caribeña de La Quemada, por muchos lugares, entre otros, Harlem en los Estados Unidos. No le importó que Evaristo lo hubiese hecho esperar cuatro horas para poderle sacar unas fotografías. Estaba convencido de que él era.

“El casting mío fue muy extraño. Me hicieron andar en mi bestia de un lado para otro mientras me sacaban fotos y me grababan. Después me hicieron caminar, como si estuviera modelando. Cuando terminaron de hacer eso se fueron, no sin antes decirme que en un par de días volvían”.

Efectivamente, al mes volvió un asistente de la producción y se presentó en casa del padre de Evaristo, don Seferino Márquez. Esperó a que llegara de su trabajo y le dijo que lo habían contratado para actuar en la película que se rodaría en Cartagena. “Me hicieron renunciar a mi trabajo como ‘arriador’ de ganado para ir a trabajar con el mejor actor del mundo”, afirma Evaristo mientras sonríe.

El convertirse en actor no fue fácil para Evaristo. Sin saber leer debía memorizarse los diálogos que le correspondían en cada escena. Un policía asignado a la seguridad de la producción era el que le ayudaba con la lectura de los textos. “Él me los leía y yo los repetía hasta que me los aprendía. Aunque era muy curioso porque yo hacía mis partes en español y Brando las hacía en inglés. Ni yo sabía lo que él me estaba diciendo ni él sabía lo que yo le estaba contestando. Aún así, hicimos un dúo muy bueno, como se ve en la película”.

De su relación con Marlon Brando recuerda la cercanía que le brindó en todo momento. “Nunca me hizo sentir inferior a él, me trató como a un hermano. Hizo que a nosotros los negros nos dieran la misma comida que a los extranjeros que participaban en la producción. Éramos tan unidos que hasta me puso un apodo. Como no era capaz de pronunciar Evaristo, él y sólo él, me decía ‘Varista’”.

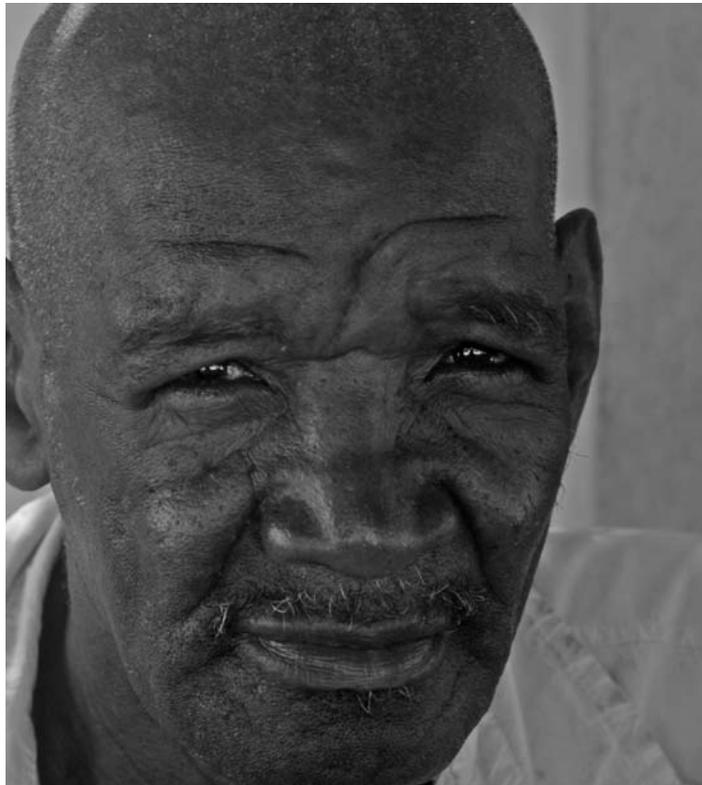
El director Pontecorvo también confiaba en Evaristo Márquez, tanto así, que era él quien se encargaba de traer al set cada día a Marlon Brando cuando amanecía con ganas de no ir a grabar. “Una vez en Barranquilla tomamos tanto ron que Marlon no quería ir a las grabaciones. A mí me tocó ir a rogarle en nombre del director que por favor nos acompañara para poder avanzar en la película. Lo mismo nos pasó el primer día que llegamos a Marruecos. Tomamos mucho y él después no quería ir a hacer las escenas. Vivir con él esos 10 meses fue una experiencia que jamás olvidaré”, manifiesta con cierto pesar Evaristo, quien afirma que después del rodaje de la película jamás volvió a tener contacto con el dos veces ganador del premio Oscar.

Después de ‘La Quemada’ la vida de Evaristo no tuvo el despliegue que todos imaginaron. Filmó un par de películas más como “Cumbia” y “Mulato”, que no tuvieron mayor éxito en taquillas. Pasado el momento de fama debió retomar sus labores como ‘arriador’ de ganado. Vivió unos años en Venezuela y desde 1978 afirma haberse radicado del todo en San Basilio de Palenque.

En la actualidad Evaristo espera, como el coronel de la obra de García Márquez, que el gobierno le entregue la pensión que hace muchos años le prometiera. Mientras tanto, se acomoda de un lado a otro en su silla, pues el dolor en la cintura según manifiesta es insoportable, producto de la caída de una bestia hace ya casi siete años.

Este Evaristo de hoy contrasta radicalmente con el que en su época dorada viajó por varios países del mundo y se codeó con actores y actrices de fama internacional, como en Méjico, donde fue invitado a almorzar por Antonio Aguilar. Por su papel en ‘La Quemada’ dice que le pagaron 2 millones de pesos, pero de esa plata hoy no queda sino el recuerdo. “Me la bebí toda en parrandas con mujeres”, afirma con desparpajo. Al preguntarle de qué vive en estos momentos, contesta sin lugar a dudas que de la ayuda de sus hijos. Sólo reconoce haber engendrado 15. Siete con Minerva Santamaría y ocho con Bisdulia Salinas. Se sabe que tuvo 18. De mujeres habla poco, un gesto muy caballeroso de su parte, pues en sus 15 minutos de fama “estuvo con muchas mujeres blancas del país y del exterior”, única confesión que hace a este respecto.

Mientras me despido, después de haberle tomado un par de fotos, para las que pidió explícitamente que lo dejara ponerse su camisa vieja y derruida, me dice al oído que si le puedo regalar un paquete de cigarrillos, pues le gusta mucho fumar. Ante mi negativa a ofrecerle cigarrillos me dice que en la noche nos vemos en la plaza central de Palenque y ahí cuadramos con algún trago lo de la entrevista. Cuando lo busqué esa noche no hizo falta brindarle ningún sorbo de ron. Ya estaba borracho y gritaba a los cuatro vientos que él era Evaristo Márquez, el actor de la película ‘La Quemada’, el único actor de Colombia que actuó junto a Marlon Brando. ■



“Me hicieron renunciar a mi trabajo como ‘arriador’ de ganado para ir a trabajar con el mejor actor del mundo”

LÁGRIMAS Y TAMBORES CONVIVEN EN SAN BASILIO

Publicado en EL NUEVO DÍA - Facetas (Ibagué)
Domingo 1 de noviembre de 2009

Luz Adriana Velasco



Manuela Hernández está de luto. El tronar de los tambores que estallan hasta su apartada casa y parecen llamarla en cada golpe, no logran alterar su hinchada, pero bien formada cadera que durante 35 años de vida se ha movido con ellos. Su madre ha muerto y el ánimo no está para fiestas, aunque al otro lado el pueblo entero se goce la tradicional fiesta de tambores de su nativo hogar: San Basilio de Palenque.

Nada la saca de su pena. Ya ni el ruido del televisor de 29 pulgadas que le mandó hace dos años su esposo Tomás Emilio desde Venezuela, le genera distracción. Hace tres meses un fulminante rayo acabó con él y el dolor se agudiza cuando no tiene mucho por hacer. “Ya llamé al técnico para ver si tiene arreglo”, dice sin mucha esperanza, a la vez que en un balde blanco remoja por segunda vez la ropa que lava desde las once de la mañana y ya son casi las 4 de la tarde. “Me gusta reparar el oficio para sentir que me queda bien”, replica esta ama de casa que acostumbraba a gozarse esta tradicional fiesta hasta el amanecer.

A pocas cuadras, en la plaza principal de aquel municipio, ubicado en las faldas de los Montes de María, a 50 kilómetros de Cartagena, la alegría es contagiosa. La tierra del legendario campeón de boxeo Kid Pambelé está atiborrada y por sus calles destapadas ya camina con ayuda de un bastón, pero sacando pecho, el otro gran orgullo del pueblo: Evaristo Márquez, un

anciano que todavía hace alarde de haber actuado en la película La quemada, junto a Marlon Brando, hace 40 años.

Frente a él, la estatua de Benkos Biohó, levantada en su honor, por liberar al pueblo de la corona española, pareciera decir con su mueca de grito y su impetuosa mano estirada: ¡vengan a gozar!

Ruperta Cañate, una palenquera de piel lisa, pese a su avanzada edad obedece a la invitación y se lanza al baile prudente, pero con ritmo, -sin importarle que en su cabeza lleve una pesada palangana —de aproximadamente cinco kilos de peso—, al escuchar el sonido que emite el grupo de bailarines cartageneros que danzan El baile del negro, con una fuerza tan brutal que contagia a cualquiera. Ha empezado la XXIV edición del Festival de Tambores y tanto nativos como turistas, se sumergen en la celebración.

Donde Manuela, el silencio de su casa, que se altera con sus propios gritos cuando llama a una de sus cinco hijas es realmente fúnebre. Desde hace ocho meses, cuando murió su mamá, María del Rosario Herrera, el equipo de sonido dejó de sonar. La música se archivó y los vallenatos y los bullerengues que tanto le gustan solo saldrán hasta nueva orden. “Estamos de luto y eso solo pasa hasta que el corazón se sane, pero con este dolor, yo creo que jamás se va a curar”, dice con tanta tristeza que inspira dolor.

El luto en los palenqueros, de acuerdo con Manuel Pérez, gestor cultural y organizador del Festival, dura según la cercanía que se tenga con el muerto, en ocasiones puede durar entre 3 0 4 años. De ahí que Manuela asegure que su pena tal vez dure toda la vida. “Mi madrecita era todo para mí, para mis hijas fue como otra madre”, dice.

Su casa también parece hacer duelo. Al entrar, los únicos objetos que hay son una mesa en madera vieja que tiene encima el televisor de 29 pulgadas tapado con una toalla blanca y al lado derecho una nevera de 11 pies color blanco que al abrirla no tiene más que unas cebollas cabezonas y unas garrafas de agua. Y en las paredes, el único adorno que sobresale es un afiche de color rojo que dice: “Sí a Chávez”.

En la plaza en cambio la gente se apila. En cada cuadra por donde se pase ya hay extraños. Los 3.500 habitantes de Palenque se empiezan a confundir con los forasteros. Ha llegado gente de Venezuela, Argentina y de gran parte de ciudades del interior de Colombia para disfrutar del evento, de las muestras gastronómicas, los talleres de Percusión, las danzas folclóricas y hasta para soportar el inclemente sol que alcanza los 40 grados de temperatura.

“Este festival es muy bueno, vale la pena todo lo que se vive, incluido este calor tan infernal”, dice mientras le moja la cabeza a su hija con agua del arroyo Martha Cecilia Bayona, una bogotana que viajó a Cartagena, pero resultó con su familia en este pueblo cuando se enteró que coincidía su descanso con las fiestas.

Y mientras Manuela se devuelve en sus recuerdos, en la tarima del parque resuenan los bafles con un tradicional bullerengue que obliga a mover el cuerpo de aquí para allá cuando se camina. Y a lado y lado de las calles, decenas de niños, muchos descalzos, bailan solos. De cada esquina del pueblo aparecen como por arte de magia hombres y niños sin camisa y mujeres, niñas y jovencitas con trenzas artificiales que se han hecho entre ellas mismas para la rumba. Todos resultan contagiados de la bulla que



La cultura de la muerte es tan arraigada como la del festejo. Cada año, el Festival de Tambores de San Basilio de Palenque atrae al pueblo a decenas de turistas y amantes de la música.

emiten desde lejos los tradicionales tambores como el alegre, el llamador y el pechiche, así como los bongos y la timba.

En su casa, Manuela no está sorda y su sangre palenquera quisiera traicionarla. Intenta mover los pies mientras continúa fregando la ropa, pero se contiene y con su exclusiva sonrisa tímida pero estruendosa dice que tanto ella como sus hijas son buenas bailadoras y que bailando fue que se enamoró de Tomás Emilio.

La única que no está de luto es Maité, su hija de cinco años. “Es muy chiquita, casi no entiende y ahora se viste de todos los colores”, la justifica.

Sus otras hijas, al igual que ella solo lucen prendas blancas y negras. Un alterado contraste con los tonos que para esta fiesta engalanan las calles palenqueras gracias a la artista Vicky Fadú que invitó a los propios habitantes a decorar las fachadas de sus casas y ahora la mayoría lucen en tonos rosa, azules, violetas y naranjas claros.

Esta será la primera fiesta de tambores que Manuela no se goce hasta el final. Además de rendirle luto a su mamá, no tendrá siquiera la compañía de Tomás Emilio, que trabaja de albañil en Venezuela, porque hay problemas en la frontera. “Me acostaré a dormir con mis hijas porque no hay nada más para hacer”.

A doña María del Rosario se la llevó un cáncer de seno. Era la mano derecha de Manuela. Pero el comienzo de un dolor en el brazo izquierdo marcó el fin de una vida dedicada a la bondad, como lo recuerda su hija: “Era de las que se quitaba la comida de la boca para dárnosla. No comía sin antes preguntar si aquí había comida para nosotros. Era la que cuidaba de mis hijas cuando

LOS DULCES DE EMELIA REYES

Publicado en EL TIEMPO (Bogotá)
Viernes 23 de octubre de 2009

Andrés Forero



San Basilio de Palenque es como el 'Macondo' de Gabo, un lugar donde cualquier cosa puede suceder, donde la cultura respira por los poros de su gente. Emelia Reyes una palenquera que va de aquí para allá con su palangana en la cabeza es apenas uno de los rostros del primer pueblo libre de América.

La llama alimentada por los leños ardientes del fogón de un patio de tierra en San Basilio de Palenque, norte de Bolívar, parece ir al mismo ritmo de la música, las caderas, los movimientos de hombros y la voz vibrante de una mujer: Emelia Reyes.

Ella, al igual que Ruperta Cañate, Ignacia Herazo y Ramona Valdez son hoy las únicas palenqueras que todavía se dedican a la fabricación de dulces tradicionales para surtir el tímido mercado local.

Otras 50 más, aunque son de la zona, han encontrado mayores oportunidades al salir de su tierra, por eso es común verles hoy con toda su indumentaria en sectores como Bocagrande, en Cartagena o en otros casos en ciudades mucho más distantes en el interior del país como Ibagué, Bogotá, Medellín y Cali.

Aunque para Emelia lo que sucede casi todos los días en las mañanas, ya hace parte de su rutina, es indudable que allí hay una clara manifestación de ritualidad en torno a una de las expresiones culturales más representativas: la gastronomía.

La preparación

No acaba de asomar el sol en San Basilio de Palenque. Mientras los rústicos portones vecinos de madera y metal siguen cerrados, a las 7 de la mañana, en casa de 'La Burgos' como la conocen todos – por cortesía de su padrino de bautizo - se empieza a respirar una atmósfera que la distingue de otras.

La primera actividad de la jornada es apilar la madera sobre los vestigios del fogón del día anterior, en la parte trasera de la humilde vivienda. Lo siguiente es encender el fuego y guardar la precaución para que se conserve vivo, alimentándolo con las cáscaras de coco. En ese instante es cuando el motor de las emociones se activa frenéticamente.

Emelia, de 1.65 metros de estatura reproduce un disco compacto, que, introduce en el reproductor de DVD. Entonces, la magia del bullerengue, las rondas, los sones y el Lumbalú característicos en el repertorio de las 'Alegres ambulancias', agrupación musical representativa de Palenque, produce en ella un estado de transformación que aviva su alegría.

Y no es para menos, finalmente es la llamada por jerarquía familiar a suceder a su madre, la emblemática Graciela Salgado, voz líder de la agrupación y a su vez heredera del legado 'Batata', tamboreros y cantores por excelencia.

Emelia es cuidadosa de no perder la tradición, por eso echa a un lado el rallador triangular que utiliza en las labores de cocina y

extrae otro, que según dice es exclusivo para la preparación de los dulces.

La voz de doña Graciela y el sonido de los tambores hacen que el ambiente adquiera un toque de solemnidad que causa en ella un sentimiento de alegría y nostalgia. El coco que ha sido pelado, la noche anterior, cae lentamente como delicados copos de nieve sobre una vasija, conjurados con el ingrediente secreto que transportan sus sentidos cánticos.

Cuando el coco está listo, la alegre palenquera no puede retirarse de su silla sin seguir el ritmo que lleva dentro, la danza la mueve hasta donde están los demás ingredientes para dar paso a la cocción. En la medida en que sus cantos se hacen más intensos, el coco rallado se funde con la leche en una consistente mezcla.

Junto al fogón, Emelia recuerda el primer día que sus manos concibieron los caballitos, el enyucado, las cocadas y las alegrías.

"A mi mamá la conocí haciendo las cocaditas, porque el papá de ella viajaba a Bogotá y se la llevaba a vender. Cuando estaba acá también hacía las cocadas y yo me pegaba a ella a ver cómo las fabricaba", asegura con una mirada enternecedora, esta mujer de 48 años.

Al igual que como ocurre con el baile y otras tradiciones que en Palenque pasan de generación en generación, casi de manera espontánea, el aprendizaje sobre la elaboración de los dulces es

producto del saber imitar. En este lugar tan cercano, pero tan distante de lo que se cree es civilización no existen los recetarios y a lo mejor eso tiene su lógica, ¿para qué compartir los secretos de una cultura cuando se pueden preservar haciendo que se transfieran a través del núcleo familiar que para los palenqueros tiene un valor único?

“Los primeros dulces los hice yo sola, después de los 16 años, cuando me fui a vivir con mi esposo. Le advertí a mi mamá que así ella no me hubiera querido enseñar lo iba a hacer y funcionó”, dice Emelia acompañada de una sonrisa que revela su organizada e impecable dentadura.

Pero como si la historia se repitiera, Brenda, uno de sus cuatro hijos también asegura con orgullo que sabe preparar la confitería palenquera y habla de ello con toda propiedad.

Cocción

El azúcar blanco y la canela que caen al perol hirviendo terminan de dar consistencia a la mezcla. Emelia revuelve con su cucharón de palo, siguiendo el compás de la música que incluso algunos desprevenidos logran escuchar.

Aunque justo esta vez, el agua, como cada tercer día, llega a las viviendas, Emelia recurre a un pucho del líquido de su tanque para humedecer y limpiar la superficie del mesón de madera sobre la que se servirán las cocadas.

En la medida que cada una de las 24 cucharadas de mezcla se esparcen sobre la superficie, ‘La Burgos’ admira su producto y le sigue cantando, como ella misma afirma porque “para que a uno le quede más rico, en la medida que se va preparando, revolviendo

y sirviendo, se va cantando, haciéndolo con amor, con cariño. Se le pone todo el sabor y es por eso que los dulces salen exitosos, tanto que el que prueba uno queda con ganas de otro”.

Sigue el sabor

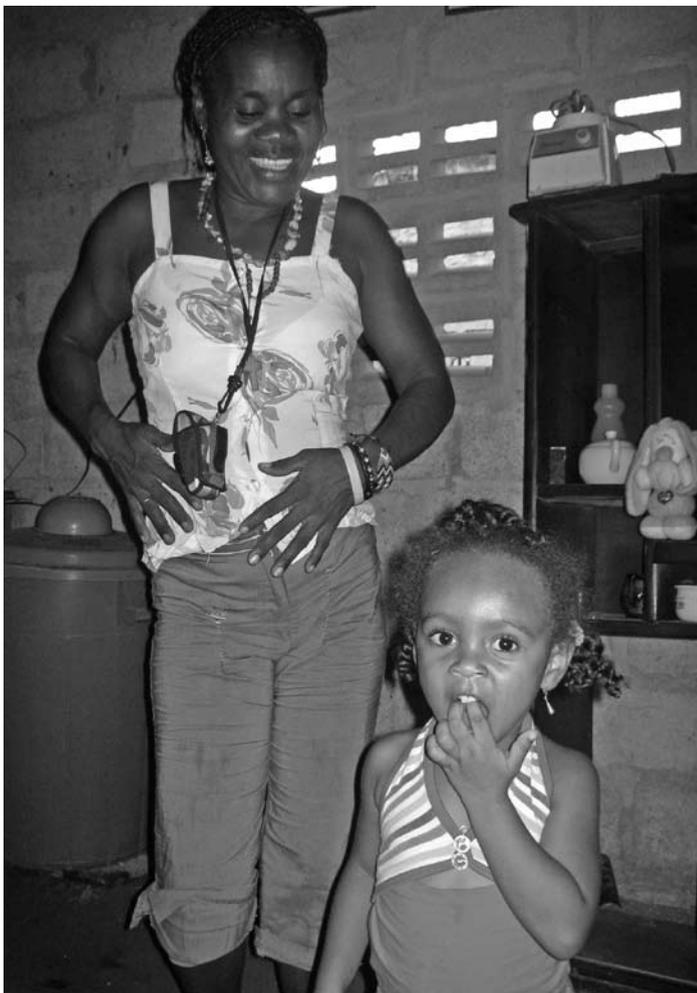
Una vez los dulces están listos y reposados, Emelia los cubre y se dirige a su cuarto. En cuestión de minutos se acicala, luce su mejor traje y regresa con la palangana lista para llenar.

El centro del recipiente está destinado a las alegrías, (bolitas acarameladas a base de millo o sorgo, producto que al ponerse al fuego aflora como si se tratara de crispetas). El enyucado y las cocadas de coco con leche, de coco con guayaba y panela, al igual que los caballitos de papaya biche rodean el resto de la palangana. Al final, antes de salir, el recipiente supera el peso de los ocho kilos.

Bajo una temperatura que por lo general alcanza los 40 grados centígrados, a través de calles empedradas y polvorientas, ‘La Burgos’ se abre paso en busca de la vía principal.

Al llegar a un primer corrillo, surge de nuevo el carismático encanto de la música y la danza: “Cocada, alegría, caballito, enyucado... para pico, para palo, para los hombres asentados, parados, ahincados, agachados y acostados, viejos, nuevos o arrugados... Llevo cocada, caballito... caballito, cocada... para viudas, solteras y casadas, embarazadas, espichadas, completas y estripadas... a la orden”.

Verso a verso, propios y extraños no tardan en caer en el dulce encanto de palenque, de cuando en cuando, los turistas le piden bailar una pieza, otros una foto, pero al final la mayoría compra.



De todo el surtido, Emelia considera que el más exitoso es el enyucado. “Cuando la gente lo conoce dice écheme seis enyucados y dos cocadas, el éxito está en que no todo el mundo sabe prepararlo.

“El sabor del enyucado lo dan el coco, la leche, la mantequilla y el queso y el resto... me lo como”, concluye con un gesto de inocencia para dar a entender que sí hay un ingrediente secreto.

Despojada del delantal

Desde que se aproxima el mes de octubre, Emelia tiene claro que por tres días su delantal permanecerá colgado en la puntilla de la habitación.

Del pintoresco personaje de los dulces, que en sí misma representa, pasará a convertirse en una de las más fervientes e infaltables participantes del tradicional Festival de Tambores que este año llegó a su versión número 24.

Entonces la alegría de Emelia se traslada a otro escenario, el de la plaza principal, donde se goza cada pieza al lado de su esposo o de quienes como ella se resuelven a hacer parte de la fiesta.

“En estos días no hago dulce. Salgo por la calle porque al marido mío le gusta la fiesta y a mí también. Como yo soy su pareja, entonces no pierdo el tiempo”, sentencia entre carcajadas ‘La Burgos’, antes de seguir recorriendo las destapadas calles con su palangana, alegrándose la vida y alegrándola a otros con la ilusión de ayudar con algo de dinero a su hogar.

Porque si algo en San Basilio de Palenque parece ser ley, es que a pesar de las adversidades y del olvido oficial, todos, del más chico al más grande se dan el derecho de ser felices. ■

EMELIA REYES, LA VOZ CANTANTE

Visita a una 'reina'
de la tradición palenquera.



Publicado en EL LIBERAL (Popayán)
Domingo 18 de octubre de 2009

Katherine Castañeda

Emelia Reyes Salgado "Batata" suda más de lo normal. La ola de calor que azota a diario a San Basilio de Palenque, al sur de Bolívar, no se compara con las gotas que ella derrama sobre su cuerpo desde que madruga a hacer los dulces típicos que sale a vender a la plaza de su pueblo, preparados al son de cantos y bailes originarios de la cultura palenquera, ritual que no deja de practicar antes y durante la elaboración de las famosas cocadas, caballitos, alegrías y enyucados, que se derriten y deleitan el paladar de propios y extraños.

Esta mujer de 48 años tiene sangre tamborera, es nadie más y nadie menos que hija de Graciela Salgado, la máxima exponente del tambor en Palenque y en el resto del mundo, conocida como la voz líder de Las Alegres Ambulancias, agrupación del folclor colombiano que tiene ya una amplia trayectoria en América y Europa.

La vieja Graciela, de 79 años, sufre desde hace poco más de cinco meses de úlcera gástrica que la cohibe prácticamente de volver a estar en una tarima para cantar, bailar y tocar. Por eso ahora el turno le corresponde a Emelia 'Mella' Salgado, como le dicen en su familia por haber nacido en la misma fecha que su hermana Teresa Reyes. Emelia desde que tiene uso de razón canta y hace parte de la agrupación de su madre. "La música la llevo en la sangre, uno nace con ella y nadie le enseña ni a cantar y menos a bailar, no es como ocurre en otras partes, eso se inculca desde el vientre, los negros llevamos el swing, más

El canto que se escucha para la venta de las cocadas con el que Emelia Reyes Salgado sale a la plaza de San Basilio de Palenque, anuncia la llegada de la nueva voz líder del reconocido grupo musical y folclórico colombiano Las Alegres Ambulancias.

por ser de la descendencia 'Batata', única en nuestro género", cuenta con la alegría que la caracteriza, sentada fuera de su casa y sonriendo todo el tiempo.

Y es que la estirpe 'Batata' tiene alma de niño. No pierden la sensibilidad de las cosas y todo lo ve con ojos de amor, siempre a través de un instrumento que ha marcado la historia de San Basilio de Palenque, el tambor, su máxima expresión, su corazón. "Hemos sido los comunicadores de Palenque a través de él, con él nacimos; en tiempos pasados cuando se moría alguien para dar aviso a los pueblos vecinos de ese acontecimiento se tocaban los tambores, y de generación en generación así lo hemos transmitido, nadie nos enseña, digo otra vez, nacemos con ese don, somos los padres de los tambores y todos somos buenos", continúa.

Cuando se habla con Emelia se siente su entusiasmo y energía, es una 'parrandera a morir' y no escatima en decir, con cierta timidez a la vez, que tiene la voz para suceder a su madre, pero deja en claro que nunca será su reemplazo, porque ella es única e inigualable.

Rafael Cassiani, director del Sexteto Tabalá, otro de los grupos del folclor palenquero reconocido en Colombia y fuera de éste, sabe que Graciela es grande, de hecho fue una de las promotoras para que a esa tierra de tambores con 24 ediciones del Festival de Tambores y Expresiones Culturales de Palenque, la declararan

Obra Maestra del Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad de la Unesco, y aunque es consciente de que está enferma, Cassiani confiesa, que ella jamás se alejará de la música porque tiene a sus dos hijas en el grupo, a quienes todavía tiene que formar.

Emelia canta como las diosas, tiene una voz aguda y fuerte, y lo mejor de todo es el 'tumbao' para bailar durante cada palabra que pronuncia al sonido del tambor, la verdadera fuerza de su grupo. No quiere sólo decirlo y por eso hace una demostración en la sala de su casa para que conozca los temas fúnebres de sus antepasados: bullerengue, chalupa y lumbalú, así como las rondas palenqueras y el son palenquero, inéditos de Las Alegres o Las Ambulancias, como también se les conoce. Todos ellos provenientes de su cultura en San Basilio de Palenque.

Entonces, enciende su televisor y el reproductor de DVD, pone el último CD que grabó con su madre y en el que aparecen dos canciones de su autoría. Se desconecta del mundo, cierra los ojos y se deja llevar por sus ancestros, quienes hoy día la proyectan como la futura promesa vocalista de 'Batata' y Las Alegres Ambulancias, con las que ya debutó en Bogotá para celebrar el Día de la Afrocolombianidad en el mes de mayo. Se olvida de que su marido acaba de llegar, la música ya la posee.

"Ehhh niña es que a mí me gusta contonear las caderas, subir los brazos y mover los pies con la música de mi sangre" y sigue bailando el lumbalú. Une sus pies y da pasos cortos y con ritmo,

las manos las pone en las caderas como si estuviera recreando lo que se conoce como cumbia, pero al mismo tiempo, las bate hacia arriba en señal de adoración. Sus movimientos giran alrededor del centro de su casa, hace de cuenta que ahí está el muerto.

Al terminar el baile del 'Coron coro' y 'Chimancongo', se suma a ella la nietecita de tres años con quien vive en su casa, quien al igual que la abuela tiene swing, "si ve eso se lleva en la sangre, uno no más mira y tiene para toda la vida", dice, y sigue sonriendo, en su rostro no hay cabida para la tristeza, aunque no tiene mucho en su aposento.

Dos mesones de madera con una estufa y un mueble que carga con el televisor, la grabadora y el reproductor, son sus mayores riquezas. "No necesito nada más para ser feliz, soy de la estirpe 'Batata' y nuestra única felicidad es la música", expresa ya casi sin aliento por el agite de la presentación improvisada.

Recuerda que aunque todavía en algunas casas permanece viva la tradición del lumbalú para dar el último adiós a sus seres queridos con un llanto amenizado por el retumbe del tambor, los cantos no son tan fúnebres. "Se han dejado de cantar sólo para los velorios –me comenta–, ahora se cantan en cualquier momento y lugar, eso sí, en nuestra lengua palenquera, mezcla del español con lenguas africanas", la que marca los orígenes de Palenque y deja como precedente la libertad, que tiempos de esclavitud, les dio el líder africano Benkos Biohó.

Benicio Torres, su hijo y también tamborero de Las Alegres, explica que en el intermedio de los dolores de la muerte una vez pidieron una chalupa, algo más movido, y ahí fue donde los velorios se volvieron más alegres. Claro que por ser un ritual sagrado para los

palenqueros, Las Ambulancias deben de pedir antes permiso a sus ancestros para poder tocar. A ellos hay que respetarlos.

Y 'Mella' lo hace y para que su canto le salga cada vez mejor, porque sabe que le falta pulir unas cositas, ensaya y ensaya su voz en solitario mientras hace las labores del hogar. Las Ambulancias realmente poco se reúnen para ensayar, "eso sólo se da cuando hay alguna contratación que es por lo general para otras ciudades del país o el exterior, entre cuatro o seis veces al año, aunque varía".

De nuevo sentada y más relajada recalca que no le afecta el hecho de no cantar en público de seguido, "hace falta, pero no me angustio"; igual sin pensarlo canta todos los días con la venta de cocadas: "Cocada, alegría, caballito, enyucado, llevo para pico, para palo, para los hombres asentados, parados, ahincados, agachados, acostados, nuevo, viejo y arrugado"... "Llevo cocadas, caballitos, caballito y cocadas para la viuda, soltera y casadas, embarazadas, espichadas, completa y estripada", es su cántico diario, con el que proclama también la voz de Las Alegres.

Emelia desconoce solo un detalle importante de su familia que no la deja tranquila. No sabe, pese a que por sus venas corre sangre de tamborera, tocar el tambor. "Mi mamá sí es toda una experta" reitera enorgullecida de quien la trajo al mundo, una 'Batata' de verdad verdad.

¿Y qué es una 'Batata'?, se echa a reír, "la mayoría de personas –explica– piensan que 'Batata' viene del tubérculo y eso a Benicio le disgusta, nuestro nombre viene del golpe de los tambores. Pedro Salgado, mi abuelo, cuando hablaba de ese golpe decía "tan tan tan tan tan", pronunciando ba ta ta ta (...), entonces por eso nos llamaron así".

GENTE

BOGOTÁ, 18 DE OCTUBRE DE 2009. FOTOGRAFÍA: ANDRÉS BARRERA/AGENCIA FOTOPRESS

Visita a una 'reina' de la tradición palenquera

Emelia Reyes, la voz cantante

«La herencia del factor colombiano que existe en San Basilio de Palenque, en el departamento de Bolívar, es étnica y sus géneros. Las Alegres Ambulancias defienden a puña de música sus orígenes africanos.»

«Emelia Reyes Salgado 'Batata' impone la voz de la tradición palenquera.»



Emelia Reyes Salgado (Batata) es una tradicional palenquera. Como ella las mujeres de San Basilio de Palenque han usado para ser la voz de la tradición palenquera, mientras cantan y mueven el cuerpo de las Alegres Ambulancias.

KARENINE CASTAÑEDA

Emelia Reyes Salgado es la voz cantante de las Alegres Ambulancias, el grupo de música palenquera más conocido del mundo. Emelia Reyes Salgado es una tradicional palenquera. Como ella las mujeres de San Basilio de Palenque han usado para ser la voz de la tradición palenquera, mientras cantan y mueven el cuerpo de las Alegres Ambulancias.

GRUPO BATA: Emelia Reyes Salgado es la voz cantante de las Alegres Ambulancias, el grupo de música palenquera más conocido del mundo. Emelia Reyes Salgado es una tradicional palenquera. Como ella las mujeres de San Basilio de Palenque han usado para ser la voz de la tradición palenquera, mientras cantan y mueven el cuerpo de las Alegres Ambulancias.

Emelia Reyes Salgado es la voz cantante de las Alegres Ambulancias, el grupo de música palenquera más conocido del mundo. Emelia Reyes Salgado es una tradicional palenquera. Como ella las mujeres de San Basilio de Palenque han usado para ser la voz de la tradición palenquera, mientras cantan y mueven el cuerpo de las Alegres Ambulancias.

El canto que se escucha para la venta de las cocadas con el que Emelia Reyes Salgado sale a la plaza de San Basilio de Palenque, anuncia la llegada de la nueva voz líder del reconocido grupo musical y folclórico colombiano Las Alegres Ambulancias.

Emelia Reyes Salgado es la voz cantante de las Alegres Ambulancias, el grupo de música palenquera más conocido del mundo. Emelia Reyes Salgado es una tradicional palenquera. Como ella las mujeres de San Basilio de Palenque han usado para ser la voz de la tradición palenquera, mientras cantan y mueven el cuerpo de las Alegres Ambulancias.



En su casa de habitación, Emelia habla con su madre y le gana la voz al ritmo de la agrupación.

presentación de su cultura en San Basilio de Palenque. Emelia, estudiante de televisión y ex representante del CD, pose el último CD que grabó con su madre y es el que grabó con sus hermanas y sus sobrinos de su familia. Su documental del mundo, entre los que se encuentran los que grabó con su madre y sus hermanas y sus sobrinos de su familia. Su documental del mundo, entre los que se encuentran los que grabó con su madre y sus hermanas y sus sobrinos de su familia.

Emelia Reyes Salgado es la voz cantante de las Alegres Ambulancias, el grupo de música palenquera más conocido del mundo. Emelia Reyes Salgado es una tradicional palenquera. Como ella las mujeres de San Basilio de Palenque han usado para ser la voz de la tradición palenquera, mientras cantan y mueven el cuerpo de las Alegres Ambulancias.

Emelia Reyes Salgado es la voz cantante de las Alegres Ambulancias, el grupo de música palenquera más conocido del mundo. Emelia Reyes Salgado es una tradicional palenquera. Como ella las mujeres de San Basilio de Palenque han usado para ser la voz de la tradición palenquera, mientras cantan y mueven el cuerpo de las Alegres Ambulancias.

En su casa de habitación, Emelia habla con su madre y le gana la voz al ritmo de la agrupación.

Ese golpe, que sólo se siente con el alma de palenquero, melancólico o alegre, se escucha más fuerte cuando se desarrolla el Festival de Tambores y Expresiones Culturales de Palenque, que de hecho es cada año, el segundo fin de semana del mes de octubre, con la diversidad de los grupos culturales que tienen como protagonista al tambor. Todo se vuelve fiesta, Palenque se vive más, sus calles polvorientas, pero gratas de pisar, día y noche cuentan con muestras gastronómicas, venta de artesanías, talleres de percusión, formas de peinar y hasta cursos de lengua palenquera, y por supuesto, presentaciones en vivo de tambor y de danzas.

Una festividad que nunca se pierde Emelia, y que este año goza desde la 'barrera' porque como pocas veces sucede, por un motivo personal no sube a tarima; quiere más bien tomarse unos traguitos con su marido y bailar esas danzas africanas hasta sudar la última gota.

Se alista para salir a gozar, se cambia de ropa, y antes dice que en noviembre retornará a Bogotá para una nueva presentación ante su público que gusta de su talento. "Aunque mi mamá no esté, 'Batata' y Las Alegres Ambulancias seguirán dando de qué hablar porque la tradición no se perderá ni por el pasar de los años", ratifica.

Se despidió. 'Mella' con un abrazo reivindicó su amabilidad, su educación, pese a que sólo hizo hasta primero de primaria, lo demás se lo enseñó la vida. Más tarde en la noche se observa en la plaza tomando cerveza, radiante y contenta por compartir sus costumbres con los demás palenqueros. Se nota, es feliz.

EN PALENQUE EL CUERPO ES CANDELA

Publicado en LA TARDE (Pereira)
Domingo 8 de Noviembre de 2009

Edwin Arango



Palenque quisiera ser un negro en bola. Si por él fuera, andaría exhibiendo su humanidad por todos lados, inclusive en Cartagena, donde hay quienes han creído que en este pueblo, escondido a los pies de los Montes de María, se anda a cuero pelao desde la cuna hasta la tumba.

Y qué de ganas las que se gastan los palenqueros por mostrar el pellejo día y noche.

Estos tres mil quinientos cuerpos, que viven en un pedazo prestado de África, saben que tienen lo suyo y lo dejan ver desde muchachitos.

En el arroyo, airean pipicitos que prometen el vigor que después provocará gemidos y sudores.

Por las calles pasadas a polvo y a charco nauseabundo, cruzan combos de mocitos con torsos que se burlan de Boticelli.

Las mujeres chiquitas compiten -sin saberlo- por lucir las piernas más largas y las nalguitas más consistentes del olimpo negroide.

Las doñas visten de blusas coloridas y vestidos de tiras que sugieren tetas generosas, fuente nutricia de urgencias varoniles y apetitos de la prole que las mamó.

Estuve en el XXIV Festival de Tambores de San Basilio de Palenque, último trozo vivo de África en Colombia. Un pueblo que transpira ritmo, alma, sexo. Fuego en las entrañas a son de tambores.

No andan del todo encueraos por pura decencia o por costumbre. Pero les provoca, y no pierden tiro pa' gozar con lo más sabroso que les dio la Creación. Pal palenquero, el cuerpo es la vida, la fiesta, el dolor, el gozo: el regreso a la casa africana de la que salió en tiempos de esclavos.

Así es que en Palenque, los asuntos de la carne, las pulsiones del eros, los fuegos del vientre, se vuelven argamasa difícil de separar de la vida del lugareño.

Caminar, lucir una trenza, andar descalzo, llevar puesta una pantaloneta, bailar -bailar sin parar-, son espejos de una conciencia del poder corporal, como poco se ve en otras culturas de tez clara.

La vida sexual palenquera se compadece con la energía del sol que se derrama cada día sobre sus ranchos.

Antes de los dieciocho, un muchacho ya ha probado una o dos niñas, de modo que cuando está listo para irse a vivir con alguna, ya le ha dado vuelta a muchos lechos.

En el siglo Diecisiete, cuando el negro Benkos Biohó se le escapó al yugo español, y logró darle vida al primer poblado negro libre del continente, también se aseguró de mantener a resguardo el legado ancestral contenido en relatos, vida de familia, trabajo de la tierra, sentir musical y cómo no, goce de los sentidos.

Por eso, el negro palenquero -y su negra- no entendieron el sexo sólo como simple asunto de práctica y deber del hogar, sino como un canal de expresión identitaria y una garantía de resguardo de su herencia racial y cultural.

Guillermo Valencia, folclorista e investigador musical, ha identificado en ello al sustrato natural africano propio del palenquero, especialmente del hombre, que ve en la mujer una "cintura de palmera y piernas de gacela".

Danny Salgado, con 16 años, no sabe de teorías, sólo tiene claro que a su edad, es normal y plausible para sus amigos que tenga dos novias y que tener contacto sexual con una de ellas, o las dos, es cuestión de tiempo, quizá meses. "Me la llevo pa un baño o un callejón", dice con frescura.

Aquí, asuntos como matrimonio, virginidad, monogamia, son tan singulares para el resto del país, como lo es la propia organización social del caserío.

'Jaleo' y sancocho

Más que los parches o combos juveniles de las urbes, los llamados 'cuagros' son grupos de pelaos que se unen por razones de amistad, vecindad o parentesco, que toman forma a partir de los siete años y cuyo lazo mantienen firme a lo largo de sus vidas.

El cuagro forma parte activa en el dolor, en la muerte, la conseja y claro está, la vida de pareja del nativo de Palenque.

Aunque aquí, hablar de pareja resulte un asunto casi pretencioso. “La intimidad es un asunto colectivo en Palenque. La práctica sexual es privada, pero de dominio público”, define Jesús Natividad Pérez.

Eso pasa de la teoría a la evidencia cuando se produce lo que en este pueblo se conoce como ‘el jalamiento’, camino quizá más singular por el cual el varón accede a la actividad sexual formal y aceptada por el entorno social.

En este, el cuagro es la clave, pues se trata de tramar una especie de coartada entre varios de los hombres del grupo para ‘asaltar’ por sorpresa a la mujer pretendida por uno de ellos.

Una vez tendida la trampa, la pareja es encerrada en una casa ya acordada, en donde pasan la noche, tras la cual, sin importar el resultado, se da por sentado que hubo faena.

A partir de entonces, la fiesta es para la muchachada toda, que hace sancocho para celebrar la unión. Mientras tanto, si la novia es virgen, lo más seguro es que forme rancho aparte con su hombre. Si no, es cosa suya devolverla a la familia.

Con una no basta

Si hay alguno que represente ese goce del cuerpo con el que los palenqueros llegan al mundo, ese es Benicio Torres, heredero de la estirpe de ‘Los Batata’, familia de tamboreros más reconocida del pueblo y dueña de una rica tradición musical que permanece con ‘Las Alegres Ambulancias’, que junto con el ‘Sexteto Tabalá’, son los principales exponentes del folclor musical local.

Este hombre habla sin ambages de lo que para él significa ‘hacer vida’, que es la forma en que se refieren a las relaciones de pareja. “El palenquero es calientico, la mujer también. Nosotros llegamos completos del África.

Lo más sabroso aquí en Palenque es que uno puede tener varias, hasta siete, y andan juntitas”.

Y de verdad. No hubo persona en el pueblo a la que le pregunté por el tema que negara la condición polígama de sus hombres, y últimamente de una que otra mujer palenquera.

Quizá es un vestigio más del celo con el que este pueblo mantuvo sus costumbres ancestrales. Un encierro que, necesariamente, llevaría a la conformación de parejas de tipo abierto, para mantener a resguardo el sustrato étnico palenquero.

Ella lo tiene que sentir

El baile es el ámbito en el que más se expone el desparpajo sexual de la gente de este poblado. Sobre todo a la hora de la champeta, ritmo tan criticado como admirado. Para los muchachos, es el deleite de la rumba, pero para los puristas, se trata de porno música, que exacerba el erotismo subyacente en los ritmos africanos.

Los nombres de algunos de sus pasos y poses son más que sugerentes: ‘la camita’, ‘la esterita’, la ‘hamaquita’. Pero eso no parece importarle a Benicio, tamborero respetado y amante ‘de respeto’, que recuerda con risa las experiencias de gente de afuera, especialmente europea, cuando han querido saber cómo se baila eso.

DOMINGO 9 DE NOVIEMBRE DEL 2008 FERIA

En Palenque el cuerpo es candela

“Estuve en el XXXV Festival de Tambores de San Basilio de Palenque, último trozo vivo de África en Colombia. Un pueblo que transpira ritmo, alma, sexo. Fuego en las entrañas a son de tambores.”

EDUARDO ARANGO
Eduardo Arango en La Tarde

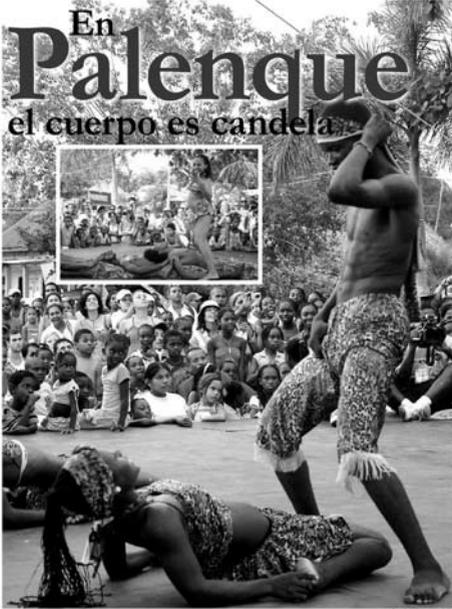
Palenque quisiera ser un negro en bida. Si por el fuera, andaría exhibiendo su humanidad por todos lados, incluso en Cortagena, donde hay quienes llaman candelero al este pueblo, sucediendo a los pies de los Morros de María, se anda a cuero pelao desde la cuna hasta la tumba. Y qué de gustos las que se gustan los palenqueros por mostrar el pelajo día y noche.



San Basilio de Palenque es el asentamiento de Muzúma, Bolívar, ubicado a 30 kilómetros de la Manóza de María, a 50 kilómetros de Cartagena. Fundado en el siglo XV por el millero fugitivo don Juan, llamado Bani, es considerado el primer pueblo libre de América. Fue declarado en 2005 por la Unesco Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad.

Rotos tres mil quinientos cuerpos, que viven en un pedazo prestado de África, asben que tienen lo suyo y lo dejan ver desde muchachitos. En el arroz, alisan pichitos que prometen el vigor que después proveerá gemidos y sudores.

Por las calles pasadas a péreo y a diablo mazonabado, cruzan combos de motocross torcos que se buflan de Bécovelli. Las mujeres chiquitas completan sus saberes por la cir las piermas más largas y las melguitas más consistentes del tiempo negreado. Las dadas visten de blusas coloridas y vestidos de liras que susurran telas gruesas, fuerte matraca de urgencias variales y apitones de la prole que les mame.



No andan del todo encorvados por pura desconfianza o por cotambore. Pero los provocan, y se pierden tiempo guara con lo más sabroso que los dio la Creación. Pal palenquero, el cuerpo es la vida, la fiesta, el dolor, el grito del regreso a la casa africana de la que salió en tiempos de esclavitud. Así es que en Palenque, los asuntos de la carne, las pulsiones del eros, los fugues del vientre, se vuelven argumentos difíciles de apartar de la vida del individuo. Cantar, hacer tumbos, andar descalzo, llevar puesta una pantalazote, bailar-bailar sin parar, son signos de una conciencia del poder corporal, como poco se ve en otras culturas de ter darme. La vida sexual palenquera se compulsa con la energía del sol que se derrama cada día sobre sus ranchos. Antes

para la conciliación pelágrima de sus hombres, y últimamente de una trastra mujer palenquera. Quián es un ventajero más del celo con el que este pueblo mantiene sus costumbres ancestrales. Un encierro que, necesariamente, llevaña a la conformación de parejas de tipo abierto, para mantener a resguardo el sustrato étnico palenquero.

Ella lo tiene que sentir
El Tado es el ambiente en el que más se expresa el desparpajo sexual de la gente de este pedáneo. Si bien todo a la hora de la chempeta, ritmos criticados como admirados. Para los muchachos, es el debut de la carnal, pero para los pariatas, se trata de porno mitado, que encorcha el erotismo subsecuente en los ritmos africanos.

Los miembros de algunos de sus paños y poses son más que sugestivos: ‘la cumbá’, la entería, la ‘hamagaita’. Pero es su parecer importante a Benicio, tan bobero respetado y amante ‘de reperi’, que recuerda con risas las experiencias de gente de afuera, especialmente europeo, cuando han querido saber cómo se baila eso. “La parte del hombre tiene que quedar pegada. De pronto están bailando entonces sienten que al negro se le para la naturaleza. Ella tiene que sentir que esta vaina está amorosa”.

Pero Benicio advierte que eso no garantiza el contacto sexual, pero aún en Palenque tal cosa sucede en virtud de un cortejo previo, mediado por la atracción mutua. No se trata, por supuesto, de una pulsión sin control.

Así son polígamo, el palenquero ha sido hombre de ritos. Los primeros Batata eran los encargados de anunciarle al pueblo, a golpe de tambor, el estado virginal de la mujer recién amada.

“Mi bisabuelo salía por la mitad de la calle... si le daba tres golpes al tambor, pran, pran, pran, y el pueblo sabía que se había salido con una muchachita virgen. Cuando era ‘señora’, le daba siete golpes”, recuerda Benicio.

Es que, tanto como en el baile, en la tocada del tambor los palenqueros se sienten dignos de su condición, orgullo del encuentro de dos cuerpos paridos de la misma era.

Este hombre habla sin...
Benicio Valencia, folklorista e investigador musical, ha identificado en él el sustrato cultural africano propio del palenquero, especialmente del hombre, que ve en la mujer una ‘vitrina de palenquera y piermas de gacela’.

Danny Sigüenza con 18 años más de teorías, sólo tiene como el jalamiento, camuflado más singular por el cual él varió acorde a la actividad sexual formal y asocia-

“La parte del hombre tiene que quedar pegada. De pronto están bailando entonces sienten que al negro se le para la naturaleza. Ella tiene que sentir que esta vaina esté amorosa”.

Pero Benicio advierte que eso no garantiza el contacto sexual, pues aún en Palenque, tal cosa sucede en virtud de un cortejo previo, mediado por la atracción mutua.

No se trata, por supuesto, de una pulsión sin control.

Así sea polígamo, el palenquero ha sido hombre de ritos. Los primeros Batata eran los encargados de anunciarle al pueblo, a golpe de tambor, el estado virginal de la mujer recién amada.

“Mi bisabuelo salía por la mitad de la calle... si le daba tres golpes al tambor, ipran, pran, pran!, ya el pueblo sabía que se había salido con una muchachita virgen. Cuando era ‘señora’, le daba siete golpes”, recuerda Benicio. Es que, tanto como en el baile, en la tocada del tambor los palenqueros se sienten dignos de su condición, surgida del encuentro de dos cuerpos paridos de la misma era.

EL ESCUDERO DE MARLON BRANDO

Publicado en GACETA - El País (Cali)
Domingo 1 de Noviembre de 2009

Santiago Cruz Hoyos



De pronto, Evaristo Márquez guardó silencio en medio de la entrevista y desvió su mirada a la derecha. Se le vio, recuerdo muy bien, una mirada de águila, de cazador. Cuando observé el motivo de su distracción, vi a una mujer blanca, con un short, caminando por las calles empedradas y polvorientas de San Basilio de Palenque, frente a su casa. El andar de la muchacha era seguido por los ojos pícaros de Evaristo, que la detallaba como un tigre que no pierde de vista a su presa. Cuando la mujer se pierde de sus ojos, sólo en ese momento, vuelve a mirarme y sigue contando su historia. Antes me aclara que la muchacha que acaba de pasar es de Bogotá. Le ha seguido la pista.

Durante mis encuentros con él, comprobaré que Evaristo Márquez, el único actor colombiano que se ha dado el gustazo de protagonizar una película junto a Marlon Brando, fue un Don Juan consagrado, un conquistador de mujeres infalible. Hoy, a sus 70 años, sin embargo, es inofensivo. Galantea, mira, lanza uno que otro piropo con respeto, les toma la mano a las muchachas que vienen a conocerlo, posa teatralmente como todo actor para las fotos que le toman, pero nada más. Eso sí, de su manual de conquistador no se le olvida ni una coma.

– Yo ya estoy retirado de esas lides. Además, para conquistar a una mujer hay que tener plata, porque a la mujer le gusta, y yo

ya no tengo. Claro que hay momentos en que uno está en racha y no necesita ni plata. También, muchacho, hay que saber decir palabras bonitas.

Sí, un repertorio bastante amplio. Es la única manera, supongo, de poder tener al mismo tiempo cuatro mujeres, como le ocurrió una vez en Cartagena. Eso fue a finales de los 60, cuando era escurridizo y famoso, y salía en el afiche promocional de la película 'La quemada', junto a Marlon Brando.

En San Basilio de Palenque, para dar más señas de su fama de galán de cine, sus dos mujeres, Minerva San Martín y Bertulia Salinas, con quienes tuvo 15 hijos, vivieron en una época en la misma cuadra.

– La única prueba de un hombre, con una mujer, es si la deja con hijos, embarazada. Si no tienes hijos con la mujer con la que estés, no quedará ninguna prueba de que pasó por tu vida, y hasta te puede negar, me dice con tono de consejo a seguir.

No es extraño entonces que Evaristo Márquez se defina a sí mismo como un pájaro carpintero: "Pico aquí y pico allá". El viejo, que es un viejo zorro, se ríe enseguida.

II

Este hombre fue famoso. Ahí donde lo ven, protegiéndose del sol sentado bajo un árbol de 'matarrotón', actuó en cinco películas y algunos comerciales de televisión. El filme en el que debutó, por el que es recordado en San Basilio de Palenque, su pueblo, ubicado a 45 minutos de Cartagena, es 'La quemada', una película que se estrenó en Colombia un primero de enero de 1969 y en la que, repito, fue coprotagonista junto a Marlon Brando, el mítico

que no sabía leer ni escribir.

Gustavo Tafís Goerra, periodista de El Universal de Cartagena, escribió que "Pontecorvo contaría que, para su sorpresa, Evaristo se llevaba el libretto de cada día de filmación y lo retenía al día siguiente a su manera". Así superaba su analfabetismo.

Un 11 de noviembre, Día de la Independencia de Cartagena, recuerda, inició la grabación de la película. Evaristo Márquez cogió un par de pantalones, tres camisas, y salió de San Basilio de Palenque a encontrarse con la fama.

III

–Evaristo, y ¿cómo era Marlon Brando? ¿Cómo fue actuar con él?

–Marlon Brando era un tipo chévere. Él hablaba inglés, y yo español, pero nos entendíamos. A veces yo me quedaba callado en una escena en la que tenía que hablar y él me pegaba con el pie para que reaccionara. Él me ayudaba en la película, aprendí bastante de él. Puedo decir que con Brando filmé grandes amigos, ese hombre me apreciaba y yo me dejaba querer.

Brando y Pontecorvo no se en-

» 'La quemada' fue la primera película en la historia que se grabó en Cartagena.



» 'Varista', así llamaba Marlon Brando a Evaristo Márquez.

El actor italiano Salvo Basile recuerda que la comunicación con Evaristo era difícil. "No sabía leer ni escribir. Además, cuando llegó a la película, no había visto nada de cine. Era un arreador desprevenido que se dedicaba a engendrar hijos. Marlon lo apoyó mucho. Se entendieron bastante bien".

tendían muy bien en la película. Discutían, se gritaban. "La quemada" es una crítica severa del colonialismo, del comercio internacional y de la esclavitud, y en su estreno Pontecorvo la presentó como un intento de unir el género de aventuras románticas y el cine de ideas. Encontró en Brando a un ferviente aliado, pero por desgracia actor y director se dieron cuenta de que una vez puestas a trabajar jun-

"Una vez estábamos filmando una escena en Galerazamba. (Bolívar) y no sé qué pasó con el Director y él pero estaban discutiendo. Después Marlon cogió el carro y se fue para Barranquilla. Entonces, él me llamó para avisarme que se iba para el hotel El Prado. Fue cuando Pontecorvo me dijo: Evaristo, vamos para Barranquilla. La clave para hablar con él eres tú. Y sí, me entendía bien con

de las mujeres. "¿Si voy a estar un tiempo solo en un lugar, por qué no puedo conseguirme a una mujer para que me acompañe?"; preguntaba.

Gracias a "La quemada" también conoció Italia, España y Francia, "de paso". Y hoy hace cuentas y calcula que por la película le pagaron unos dos millones de pesos de la época, que era plata, y mucha.

Actuando en esos filmes conoció México y almorzó, incluso, con Antonio Aguilar, al que considera uno de los mejores actores que ha visto, después, por supuesto, de Marlon Brando. "Es que como Brando no hubo otro actor. Esa forma de transformar la expresión de su cara, de su mirada, no la tiene nadie. Además, era un hombre valiente".

Evaristo dejó de grabar, no llegaron más contratos. Y como el coronel Nicolás Márquez, el abuelo de García Márquez, se quedó esperando una pensión del gobierno. "Es que yo fui el único actor colombiano en actuar junto a Marlon Brando", reclama. La pensión, como al coronel Márquez, nunca le llegó.

Evaristo anduvo un tiempo en Venezuela, trabajando en el campo. Ahora vive de los hijos y los 44 nietos que tiene. Es que no puede trabajar desde hace cuatro años, cuando se cayó de un mulo y se fracturó una de las piernas.

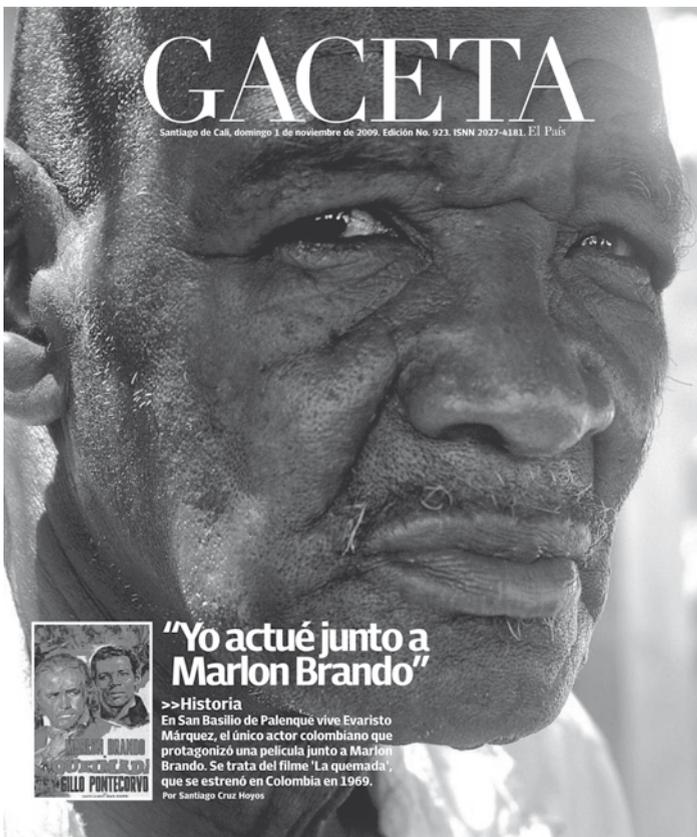
Y también vive de los turistas y periodistas que pasan por su casa escuchando su historia. Pide cigarrillos, o diez mil pesos. O feque, el trigo artesanal de San Basilio.

Como sucedió en la plaza del pueblo. En medio del XXIV Festival de Tambores y Expresiones Culturales que celebraba San Basilio, anunciaron la proyección de "La Quemada". Evaristo se proveenaba aquí y allá, con porte, caminando con un bastón y sobre el torso llevaba puesta una camiseta negra desteñida con un mensaje en amarillo: www.laquemada.com

Se subió a la tarima, habló, gritó a todo pulmón que él era Evaristo Márquez, el único colombiano que logró actuar junto a Marlon Brando en una película.

Mucho antes de subirse a la tarima, mientras comentaba que era amigo de Fernando González Pacheco, y hablaba, cómo no, de mujeres, me había dicho: "Compra una botella de feque para que podamos conversar. Que yo cost

Evaristo Márquez es el único actor colombiano que actuó junto al gran Marlon Brando. Eso fue en 1969, en la película 'La quemada'. Gaceta lo encontró en su pueblo, San Basilio de Palenque. Historia.



actor estadounidense que ganó dos premios Oscar y que murió el 1 de julio de 2004, en Los Ángeles.

Evaristo encarnó el papel de José Dolores, un hombre que es influenciado por William Walker (Brando), un agente encubierto del Gobierno Británico que llega a la isla Quemada, en el Caribe, con la misión de organizar una revolución para debilitar el poder del gobierno portugués y apoderarse de la producción de la caña de azúcar.

Walker, para lograr su objetivo, empieza a preparar a José Dolores como líder revolucionario y le inculca la necesidad de derrocar al gobierno portugués por medio de las armas. Al final José es capturado. Hay batallas por doquier, escenas de guerra, plantaciones de caña incendiadas, negros que caen por las balas de los soldados portugueses. La película, filmada en Colombia, Marruecos, Francia e Italia, dura 132 minutos y fue dirigida por el italiano Gillo Pontecorvo, famoso por su película 'La batalla de Argel' que ganó el León de Oro a mejor película en el Festival de Cine de Venecia de 1966. Pontecorvo fue el hombre que convirtió a un arriero de San Basilio de Palenque en actor de cine.

¿Cómo fue eso Evaristo, llegar a actuar junto a Marlon Brando?

La historia la ha contado a periodistas y turistas que llegan al pueblo sólo con la idea de conocerlo. A cambio, insinúa, sólo insinúa, pide que le regalen cigarrillos, o diez mil pesos, o lo que le quieran dar. "Yo no cobro por las entrevistas", dice. Pero lanza sus peticiones a ver qué resulta.

Y la historia que relata es, literalmente, de película. Pontecorvo andaba buscando por Cartagena un negro bien parecido, fornido, con madera para la actuación, para que hiciera el papel de José Dolores. Pero el director tuvo mala suerte y no encontró a su

personaje en la ciudad. Tampoco tuvo suerte Salvo Basile, su asistente, a quien le había encomendado que contratara para protagonizar ese personaje a Sidney Poitier, el primer actor afro en ganar el Óscar, en 1963, por su actuación en 'Los lirios del valle'.

Un día, por casualidad, mientras Pontecorvo iba a San Basilio de Palenque, vio en la carretera a Evaristo, un negro joven con clase y de músculos marcados, que iba sobre una yegua arreando ganado. A Pontecorvo, otro viejo zorro, se le apareció la virgen. Era el hombre que quería para su película.

De inmediato el carro en el que iba frenó. Alguien, Evaristo no se acuerda quién, le hizo señas para que también se detuviera. "Y me dijeron: el director se enamoró de usted para que haga un trabajo en una película. Yo les dije que estaba ocupado, que me esperaran media hora en el puente hasta que terminara de llevar el ganado. Cuando llegué al puente, rato después, me dicen: párese allá, de frente, y cuando yo le diga acción, se viene caminando con la yegua. Acción, y me fui. Acción... y me fui, así. Me tomaron fotografías, después. Alguien me hizo bajar de la montura. Póngase allá, camine para allá, me dicen y me tomaron otras fotos, como diez. Está bueno señor, dijo el del casting".

Quizá el que le dijo eso a Pontecorvo fue Marcello Gatti, el fotógrafo de la película. O Alberto Grimaldi, el productor. O tal vez Franco Solinas o Giorgio Arlorio, los guionistas. Evaristo no se acuerda. El caso es que lo aceptaron, era José Dolores.

Pontecorvo le dijo en italiano: "Renuncie a sus otros trabajos para que firme un contrato con nosotros. Usted va a ser el segundo actor de 'La Quemada'".

– Pero yo no he trabajado nunca en esa vaina.

– Tranquillo, nosotros le enseñamos.

La conversación, recuerda Evaristo, se la tradujo un tipo llamado Martín, el conductor de Pontecorvo. Y aceptó. Miedo no le dio porque, dice, un hombre que camina por la vida montado en un mulo no tiene porqué tenerle miedo a nada, menos a una cámara.

Quizá eso explique la razón para que Evaristo no se haya amedrentado ni siquiera con los libretos. Es que no sabía leer ni escribir.

Gustavo Tatis Guerra, periodista de El Universal de Cartagena, escribió que "Pontecorvo contaría que, para su sorpresa, Evaristo se llevaba el libreto de cada día de filmación y lo reinventaba al día siguiente a su manera". Así superaba su analfabetismo.

Un 11 de noviembre, Día de la Independencia de Cartagena, recuerda, inició la grabación de la película. Evaristo Márquez cogió un par de pantalones, tres camisas, y salió de San Basilio de Palenque a encontrarse con la fama.



– Evaristo, y ¿cómo era Marlon Brando? ¿Cómo fue actuar con él?

– Marlon Brando era un tipo chévere. Él hablaba inglés, y yo español, pero nos entendíamos. A veces yo me quedaba callado en una escena en la que tenía que hablar y él me pegaba con el pie para que reaccionara. Él me ayudaba en la película, aprendí bastante de él. Puedo decir que con Brando fuimos grandes amigos, ese hombre me apreciaba y yo me dejaba querer.

carga con el tema de las mujeres. “¿Si voy a estar un tiempo solo en un lugar, por qué no puedo conseguirme a una mujer para que me acompañe?”, pregunta.

Gracias a ‘La quemada’ también conoció Italia, España y Francia, “de paso”. Y hoy hace cuentas y calcula que por la película le pagaron unos dos millones de pesos de la época, que era plata, y mucha.

– ¿Y qué la hizo Evaristo?

– La boté. La boté vagabundeando con mujeres, como dice Diomedes Díaz.

El viejo zorro vuelve a sonreír.

IV

Después de ‘La quemada’, Evaristo actuó en películas como ‘Cumbia’ (1973); ‘Mulato’ (1974); ‘Arde Baby, Arde’ (1975) y varios comerciales de televisión.

Actuando en esos filmes conoció México y almorzó, incluso, con Antonio Aguilar, al que considera uno de los mejores actores que ha visto, después, por supuesto, de Marlon Brando. “Es que como Brando no hubo otro actor. Esa forma de transformar la expresión de su cara, de su mirada, no la tiene nadie. Además, era un hombre valiente”.

Evaristo dejó de grabar, no llegaron más contratos. Y como el coronel Nicolás Márquez, el abuelo de García Márquez, se quedó esperando una pensión del gobierno. “Es que yo fui el único

actor colombiano en actuar junto a Marlon Brando”, reclama. La pensión, como al coronel Márquez, nunca le llegó.

Evaristo anduvo un tiempo en Venezuela, trabajando en el campo. Ahora vive de los hijos y los 44 nietos que tiene. Es que no puede trabajar desde hace cuatro años, cuando se cayó de un mulo y se fracturó una de las piernas.

Y también vive de los turistas y periodistas que pasan por su casa escuchando su historia. Pide cigarrillos, o diez mil pesos. O ñeque, el trago artesanal de San Basilio.

Como sucedió en la plaza del pueblo. En medio del XXIV Festival de Tambores y Expresiones Culturales que celebraba San Basilio, anunciaron la proyección de ‘La Quemada’. Evaristo se pavoneaba aquí y allá, con porte, caminando con un bastón y sobre el torso llevaba puesta una camiseta negra desteñida con un mensaje en amarillo: *www.laquemada.com*

Se subió a la tarima, habló, gritó a todo pulmón que él era Evaristo Márquez, el único colombiano que logró actuar junto a Marlon Brando en una película.

Mucho antes de subirse a la tarima, mientras comentaba que era amigo de Fernando González Pacheco, y hablaba, cómo no, de mujeres, me había dicho. “Compra una botella de ñeque para que sigamos conversando, que yo con cerveza me quedo mudo. Ven yo la compro, cuesta 5.000 mil pesos”. Costaba \$2.000, me di cuenta después. Con el viejo zorro y con ñeque en la calle, seguimos hablando de sus amores pasados.

“En México tuve a un gran amor que se llamó Concha Cassiani... y es que sabes una cosa, a mí la mujer que me gusta se lo digo de entrada, la mortifico... y yo por mujeres no me quejo”...■

SAN BASILIO DE PALENQUE, A RITMO DE LIBERTAD



Publicado en LA PATRIA (Manizales)
Domingo 29 de Octubre de 2009

Vicky Salazar

Bajo un sol abrasador e implacable, un pueblo camina lento por calles polvorientas. Aunque el agua solo llega durante cuatro horas, día de por medio, se carece de telefonía fija y alcantarillado, y sólo un bus sale en la mañana y regresa en la tarde, los palenqueros son felices. Sus cuerpos sudorosos se contorsionan al ritmo de lo que suene. Los tambores son los reyes del lugar.

San Basilio de Palenque es un corregimiento del municipio de Mahates, norte del departamento de Bolívar, a los pies de los Montes de María. Allí se condensan 400 años de historia y cultura africana. Cada gota de sangre que corre por las venas de sus pobladores lleva consigo la memoria de una raza alegre, hermosa, noble y digna, que mantiene sus tradiciones y costumbres vivas. Con una lengua criolla y organizaciones sociales propias, fue declarado por la Unesco como Patrimonio oral e inmaterial de la humanidad.

La comunidad

La alegría es contagiosa. Los palenqueros son amables, respetuosos y muy familiares. Hay un lazo de consanguinidad que es sagrado. “Lo poco que se tiene se comparte, así la pobreza es menos dura”, afirman.

**Sonidos de tambores,
cuerpos sudorosos y
peinados trenzados. A
45 minutos de Cartagena
de Indias, un pedazo de
África. Sensaciones.**



Ellos mantienen vivos los rituales de la vida y la muerte como el lumbalú. Las tradiciones de ligamiento para buscar pareja. Se practica la poligamia. El respeto por los ancianos y la experiencia de sus años es de admirar, ellos son la memoria viva de los nativos, que además de recordarles su pasado, mantienen el orden en la comunidad.

En San Basilio las horas no pasan. El silencio es ruidoso. En las calles los cerdos y sus crías buscan qué comer. Perros lánguidos y secos deambulan de un lado para otro. Un burro cargado recorre la larga calle, de pronto una moto enrarece la calma. Los hombres trabajan en el campo, las mujeres cocinan y lavan ropa en el arroyo, mientras hablan de sus compañeros y sus vecinas. Algunas hacen dulces para vender en otros municipios. Son treintañeras que ya son abuelas. Ellas ayudan a criar a la prole mientras sus mamás trabajan por fuera.

La lentitud calurosa con la que transcurre el día cambia con la llegada de la noche. La temperatura baja un poco. Los hombres

regresan del campo. La algarabía se escucha a lo lejos. El pueblo se prepara para la celebración. Se acerca el Festival de Tambores. Como cada 12 de octubre se conmemorará la libertad de su raza. Es un homenaje a Benkos Biohó, el primer esclavo que escapó. Hace 400 años son libres gracias a él en un pueblo que se conserva con las mismas tradiciones.

La fiesta

Los grupos ensayan para su presentación en el tablado de la plaza principal. Unos danzan poseídos por el golpe frenético del tambor y otros entonan cantos que cuentan historias y experiencias propias. Coros que se repiten y contagian a los curiosos. Cerca a la fecha señalada todo cambia. El pueblo se llena de buses que traen agrupaciones afrodescendientes para participar con sus espectáculos en el festejo. Llegan hombres y mujeres de municipios cercanos, y extranjeros con curiosidad por la "excentricidad étnica" y la sensualidad de los palenqueros.



La fiesta se prende. Todo es color, sabor, música y alegría. Las familias se reencuentran. Los nativos llegan a disfrutar de la celebración desde ciudades y países remotos, “a donde viajaron en busca de mejores opciones”, aseguran. Las mujeres, sin importar la edad, lucen peinados trenzados con extensiones, que se hacen entre ellas. Hay distintos diseños, aseguran mientras siguen tejiendo las trenzas.

Los fogones de leña en la esquinas de la plaza calientan litros de aceite para los fritos tradicionales. Los turistas se empalagan con los dulces que se ofrecen en palanganas, y se beben ríos de cerveza helada para la sed. El ñeque tiene un lugar especial entre los mayores y nativos. Ellos prefieren su licor artesanal: “es mejor y más barato”, asegura Laureano Tejedor, conocido como ‘Lámpara’, quien por tres días y noches golpeó el cuero de su tambor y nunca estuvo sobrio.

Él es el padre del único hacedor de tambores en el pueblo, Franklin Tejedor Salgado, ‘Lamparita’, de 18 años. “El pelao es además mejor tamborero que su padre”, aseguró ‘Paíto’ como se conoce a José Valdés Teherán, segunda voz del Sexteto Tabalá, y quien por un tiempo también hizo tambores.

El clímax

A medida que la noche avanza la temperatura aumenta y el volumen de la música, que sale de distintos establecimientos, también. Ya no son solo los tambores de la plaza. El bullerengue, el merengue, la cumbia, el vallenato y la champeta pelean entre sí. Los cuerpos húmedos se agitan a sus ritmos. Las parejas se entrelazan en un baile, que pasa de lo sensual a lo erótico. Así transcurren tres días de jolgorio alrededor del tablado.

LA PATRIA www.lapatria.com EN DOMINGO DOMINGO 29 DE NOVIEMBRE DE 2007 3 B

FESTIVAL DE TAMBORES

San Basilio de Palenque, a ritmo de libertad

Sonidos de tambores, cuerpos sudorosos y peinados trenzados. A 45 minutos de Cartagena de Indias, un pedacito de África. Sensaciones.

La tamborera

“La vida familiar se vive con su sabor en la sangre” afirma la señora Cecilia Basilio, de 60 años, maestra tamborera de Palenque y la madre de la danzante Christiana. Ella es la creadora de Los Alegres tamboreros, una de las agrupaciones más representativas del pueblo.

Aunque se veía cansada y mostraba señales de haber estado en su día, Cecilia, se detiene al escuchar el ritmo que surge de los tambores y sus cuerpos sudorosos. Parece que la vida del tambor es la energía que vive en ella.

Después de cinco minutos del espectáculo y sin decir palabra, Christiana, mostrando un espíritu Palenque, con la tambora alta.

...criar los mozos y niñas. Ellos prefieren ser libre, artesanal, en mayor y más libertad. Siempre han estado con los amigos como Lina María, quien por tres días y noches estuvo en el tamborero y a ella se le cobija.

El río el padre del santo hacedor de tamboreros en el pueblo Francisco Tijerón Solís, de 18 años. Él pelea en algunas fiestas tamboreras que son paítes, asegura. Pasa como se conoce a José Valdez Tijerón, segunda vez del barrio Tabaco, y quien por un tiempo también hizo tamborero.

El clima

A medida que la noche avanza la temperatura aumenta y el sudor de la maestra, que sale de distintos establecimientos, también. No son solo los tamboreros de la plaza. El bullicio, el empuje, la cantidad, el silencio y la champeta pelan entre sí. Los cuerpos sudorosos se agitan a sus ritmos. Las pañales se entretienen en un baile, que pasa de lo sensual a lo erótico. Así transcurren tres días de palpato alrededor del tablado.

La fiesta termina y la normalidad regresa. Los palenqueros son orgullosos de su casta, viven de su pasado, le cantan a él, hacen alarde de sus reconocimientos. Y algunos solo viven de sus glorias y sus recuerdos. Vuelven las jornadas de trabajo y al regreso, los partidos de dominó.

En las tardes las mujeres descansan en las sillas mecedoras bajo la sombra del árbol a la entrada de la casa, o en la hamaca colgada bajo el kiosco de palma en el patio. “Es que desde que nos hicieran las casas de bloque de cemento con ese techo de eternit el calor es insoportable”, aseguró la señora Rita, quien vive frente a la escuela y busca dónde pasar las tardes a la sombra. Su sueño es volver a levantar su casa de palma y pasar ahí su vejez.

Hay una mujer que hace honor al santo del pueblo: Basilia Pérez. La maestra, la líder, la anfitriona que con una sonrisa amplia y franca da la bienvenida al turista. Es inteligente y estudiosa. Con firme voluntad de servir y un espíritu jovial que contagia alegría guía y cuida a quien la busque. Trabaja por su raza y su cultura con la firmeza de progresar conservando sus tradiciones.

En las tardes las mujeres descansan en las sillas mecedoras bajo la sombra del árbol a la entrada de la casa, o en la hamaca colgada bajo el kiosco de palma en el patio. “Es que desde que nos hicieran las casas de bloque de cemento con ese techo de eternit el calor es insoportable”, aseguró la señora Rita, quien vive frente a la escuela y busca dónde pasar las tardes a la sombra. Su sueño es volver a levantar su casa de palma y pasar ahí su vejez.

Hay una mujer que hace honor al santo del pueblo: Basilia Pérez. La maestra, la líder, la anfitriona que con una sonrisa amplia y franca da la bienvenida al turista. Es inteligente y estudiosa. Con firme voluntad de servir y un espíritu jovial que contagia alegría guía y cuida a quien la busque. Trabaja por su raza y su cultura con la firmeza de progresar conservando sus tradiciones.

Los grupos crecen para ser presentados en el tablado de la plaza principal. Uno después poseído por el golpe frívolo del tambor y otros entonan cantos que cuentan historias y experiencias propias. Coros que se repiten y contagian a los músicos. Coros a la fecha actualizados todo cambia. El pueblo se llena de bases que traen agrupaciones afrodescendientes para participar con sus especialidades en el festival. Llegan hombres y mujeres de municipios cercanos y extranjeras con curiosidad por la “excentricidad étnica” y la sensualidad de los palenqueros.

La fiesta

Los grupos crecen para ser presentados en el tablado de la plaza principal. Uno después poseído por el golpe frívolo del tambor y otros entonan cantos que cuentan historias y experiencias propias. Coros que se repiten y contagian a los músicos. Coros a la fecha actualizados todo cambia. El pueblo se llena de bases que traen agrupaciones afrodescendientes para participar con sus especialidades en el festival. Llegan hombres y mujeres de municipios cercanos y extranjeras con curiosidad por la “excentricidad étnica” y la sensualidad de los palenqueros.

La comunidad

La alegría es contagiosa. Los palenqueros son amables, respetuosos y muy firmes. Hay un lazo de cohesión que se agradece. “Lo poco que se tiene se comparte, así la pobreza es menos dura”, afirman.

Ellos muestran vivos los rituales de la vida y la muerte como el bambale. Las tradiciones de ligamento para buscar pareja. Se practica la poligamia. El respeto por los ancianos y la experiencia de sus años es de admirar. Ella con la memoria viva de los maestros, que ayudan de recordarle su pasado, muestran el orgullo en la comunidad.

En San Basilio las horas no pasan. El ambiente es realismo. En las calles los corales y sus crías buscan qué comer. Perros lánguidos y secos deambulaban de un lado para otro. Un perro cargado recorre la larga calle, de pronto una moto aparece la calma. Los hombres trabajan en el campo, las mujeres cocinan y hacen ropa en el arroyo, mientras hablan de sus compañeros y sus vecinas. Algunos hacen

El dato

Para llegar al centro histórico de San Basilio de Palenque, en el municipio de Malambo, en el departamento de Sucre, se recorren 50 kilómetros desde Cartagena de Indias por la Troncal de Berrío, que comienza a siete mil metros

El cuerpo se mueve con las fuerzas y algunas manos de los tamboreros, quienes están en un trance inconsciente e intuitivo en el que marcan los vivos al ritmo del tambor.

Para llegar al centro histórico de San Basilio de Palenque, en el municipio de Malambo, en el departamento de Sucre, se recorren 50 kilómetros desde Cartagena de Indias por la Troncal de Berrío, que comienza a siete mil metros

La fiesta termina y la normalidad regresa. Los palenqueros son orgullosos de su casta, viven de su pasado, le cantan a él, hacen alarde de sus reconocimientos. Y algunos solo viven de sus glorias y sus recuerdos. Vuelven las jornadas de trabajo y al regreso, las partidas de dominó.

En las tardes las mujeres descansan en las sillas mecedoras bajo la sombra del árbol a la entrada de la casa, o en la hamaca colgada bajo el kiosco de palma en el patio. “Es que desde que nos hicieran las casas de bloque de cemento con ese techo de eternit el calor es insoportable”, aseguró la señora Rita, quien vive frente a la escuela y busca dónde pasar las tardes a la sombra. Su sueño es volver a levantar su casa de palma y pasar ahí su vejez.

Hay una mujer que hace honor al santo del pueblo: Basilia Pérez. La maestra, la líder, la anfitriona que con una sonrisa amplia y franca da la bienvenida al turista. Es inteligente y estudiosa. Con firme voluntad de servir y un espíritu jovial que contagia alegría guía y cuida a quien la busque. Trabaja por su raza y su cultura con la firmeza de progresar conservando sus tradiciones.

Bogotá
2010



Palenque era una fiesta

Crónicas a ritmo de tambor

Con el apoyo de:

acerca
Programa de Capacitación para
el Desarrollo en el Sector Cultural

